

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1858. — Tomo XII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 17. — N° 304.

## SUMARIO.

Los Aissaua ; grabado. — El asno cojo. — Revista de Paris ; grabados. — Bellas artes ; grabados. — La feria de las vanidades. — El baron Gros ; grabado. — El tratado chino ; grabados. — La casa de don Pedro Calderon. — El bengali. — En el album de la señorita Victoria de B... — El llanto de la aurora. — A Julia. — A Pilar en el album de Ruperta. — A Rosa. — Los wagones de los trenes imperiales ; grabados. — El Gigante de los Alpes ; grabados. — La reina sin nombre. — Belle-Iste ; grabados.

## Los Aissaua.

Nada mas curioso para un europeo que llega á Argel que una reunion de los *aissaua*, sociedad de musulmanes que se reunen de tiempo en tiempo para entregarse en comun á toda clase de prácticas repugnantes. Principian por ponerse en un estado de exaltacion excesiva mediante un balanceo continuo de todo el cuerpo y á los sonidos de unos instrumentos estrepitosos. Cuando están ya bien preparados comen cardos, mastican el vidrio, lamen el hierro ardiendo, se queman la carne con una lámpara, devoran alacranes, ser-

pientes, etc. ; y simulan el aire y la voz de los animales mas temibles.

Todos los narradores que describen estas ceremonias enumerando todos los detalles de los actos operados en su presencia, dicen generalmente que en todo ello no hay mas que destreza. Creo tambien que los aissaua tienen medios secretos de preservarse del daño que podrian hacerse con sus excentricidades ; pero sin embargo, me parece que el estado de excitacion en que se ponen, basta para explicar la insensibilidad en muchos casos.

Los aissaua constituyen una de las siete órdenes reli-



LOS AISSAUA.

gias que existen hoy en la Argelia. De estas órdenes cuatro son comunes á la Argelia y á Marruecos, dos á la Argelia, y una sola tiene su origen y su jefe supremo en Oriente, en Bagdad.

Sus nombres son: la de sidi *Abd-el-Kader-el-Djilali*, el santo morabito de Bagdad; esta orden cuenta muchos afiliados en la provincia de Oran.

Este personaje célebre entre los musulmanes murió hace mucho tiempo, y sin embargo mediante sus apariciones, ha desempeñado un gran papel en la guerra contra los franceses. En 1828 se mostró por primera vez bajo la forma de un negro al joven Abd-el-Kader el futuro amo, y mas tarde en otra aparicion decidió la elevacion de Abd-el-Kader á la dignidad de sultan de los árabes; desde entonces el incansable enemigo de los franceses obró siempre, segun él decía, por las inspiraciones del religioso de Bagdad.

La orden de *Ben-Abd-er-Rahman*, cuyo establecimiento principal se halla sobre las cumbres de Djerjera, tiene un crecido número de afiliados entre los kabilas y los indígenas de las provincias de Constantina y de Argel.

La sociedad de sidi *Jussef-Hansali* parece está esparcida únicamente en la provincia de Constantina.

La orden de sidi *Hamet-Tedjini* se fundó no hace mucho tiempo por el morabito de este nombre en el Saliara argelino.

El fundador era un hombre muy notable que causó la admiracion del sultan y de los ulemas de Fez; su cofradía reúne á las gentes del Sahara con las del Tell, y se esparce á la vez por los territorios de Marruecos, Túnez y la Argelia. En nuestros dias el jefe de esta sociedad, que es de la familia de Tedjini, se ha hecho famoso por la lucha que sostuvo valerosamente contra el emir Abd-el-Kader.

Los *Mulei-Taieb* se hallan muy esparcidos á la vez en la Argelia y en Marruecos. Mulei-Driss, que fundó la cofradía, era marroquí; el jefe vivo de la orden reside en las montañas del Rif, y se elige siempre en una familia que se supone descende del profeta, y que tiene lazos de parentesco con la rama reinante en Marruecos. Es la sociedad religiosa que mas se ocupa de política en esas comarcas.

La sociedad de los *Derkaou* se halla tambien en la Argelia y en Marruecos. Su doctrina es que siendo Dios el dueño único del universo los hombres no deben reconocer otro poder que el del Ser Supremo.

Por último, tenemos la orden de los *aissaua*, fundada en Marruecos por sidi *Mehammét-ben-Aissa*, sobre la cual vamos á entrar en algunas explicaciones.

Cada una de estas sociedades religiosas está dirigida por un califa, jefe supremo, que manda representantes á diversas comarcas. El califa designa á su sucesor, excepto entre los derkaou, que recurren á la eleccion.

Los miembros de estas diferentes cofradías tienen pocos deberes que llenar. Cuando un musulman quiere formar parte de una secta cualquiera, se presenta en casa del jefe de la localidad que tiene poder para recibir á los hermanos. Este le entrega un rosario y le indica el modo de recitarle adoptado en la cofradía. El recién entrado no tiene mas que hacer que repetir diariamente las oraciones prescritas. En diferentes puntos del territorio hay mezquitas y zauias donde se reúnen mas particularmente los hermanos de tal ó cual orden; algunos delegados de los jefes de la asociacion recorren el pais pidiendo subsidios para el sostenimiento de los establecimientos de la cofradía, y cada persona da lo que gusta.

Los aissaua tienen un programa mas detallado, programa que abraza todos los ramos de industria de nuestro charlatanismo ambulante. Su fundador Ben-Aissa era un hombre astuto, como puede juzgarse por el hecho siguiente: Queriendo asegurar á su secta un número de adeptos considerable, aun despues de su muerte, logró por una serie de acciones extraordinarias, que el sultan de Fez quedara en cierto modo á su disposicion, y exigió únicamente que en una época del año se prohibiera durante siete dias á los habitantes de Meknes que salieran de sus casas, exceptuando de esta medida á los aissaua. La condicion se aceptó, y aun en el dia se observa; pero los habitantes de Meknes para sustraerse á tal contrariedad entraron todos en la cofradía.

Ese personaje, asi como todos los fundadores de las sectas enumeradas, pasa por haber hecho muchos milagros. En todo caso era un prestidigitador muy hábil, y de aquí resulta el carácter particular de los adeptos.

El poder que se atribuyen los aissaua de tocar y de comer impunemente los animales venenosos, y de domar las fieras, tiene sobre todo por origen la accion con que la leyenda honra á Lalla Khamsia.

A la muerte del venerable sidi Ben-Aissa, el sultan de Fez mandó abrir una zanja, la hizo llenar de animales venenosos y de carne envenenada, y luego invitó á los aissaua á que demostraran públicamente su poder comiendo de aquello que les habian preparado. Todos vacilaban, cuando Lalla-Khamsia, mujer de uno de ellos, inspirada súbitamente, llenó de inyectivas á los sectarios y se precipitó en la zanja. La mayor parte de los aissaua, arrastrados por el ejemplo, siguen á Lalla-Khamsia y la ayudan á comer todas las provisiones del sultan. Los descendientes de esta mujer célebre vienen al mundo, segun dicen, cubiertos de pelo como leones; y todos los años en la fiesta del mulud hay que atarlos, pues sin eso se arrojan sobre los hombres y los devoran.

Es digno de notarse que en ese pais, donde los observadores superficiales no ven para la musulmana mas que el papel de una bestia, no se da un paso sin tropezar con el recuerdo de una mujer famosa.

El principio de todas esas sociedades es este, á nuestro parecer: un apoyo para ciertos ambiciosos á quienes pueden ayudar por otra parte circunstancias favorables; ó mas comunmente un medio de preservacion con respecto á los poderes arbitrarios de los gobiernos en las sociedades musulmanas. Los hermanos se comunican las noticias y se sostienen; y nosotros vemos en el conjunto de estas cofradías la manifestacion de una necesidad demostrada ya por otro hecho notable, el derecho de asilo de que disfrutaban en la Argelia en tiempo de los turcos ciertos establecimientos religiosos.

F. H.

## EL ASNO COJO

NOVELA ORIGINAL

POR DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(Continuacion.)

— Es verdad.

— Eran los dos niños, y sin consultar la distancia real que los separaba, se amaron.

— Es verdad; pero excité la ambicion de Juan y le envié al ejército.

— Sí; pero entre tanto se han escrito; Angela ha crecido y no ha olvidado sus primeros amores; al contrario, entusiasta como la hermana de su madre, ha deificado ese amor, y profesa una verdadera pasion á Juan. Lo sé todo, porque receloso siempre, lo he espiado. Es mas: he favorecido indirectamente ese amor, porque no teniendo hijos, he pensado alguna vez expiar mis faltas uniendo á Juan con su prima Angela.

— ¿Y en la presente ocasion, ¿para qué nos sirven esos amores?

— ¡Oh! para mucho. Campomanes fué grande amigo de Campo Rojo, con quien además le ligaba un remoto parentesco. Campomanes es uno de esos hombres de corazon que nunca olvidan á sus amigos, y si se le dijese que aquí estaba enfermo, moribundo el hijo de Campo Rojo, vendria, sí; indudablemente vendria.

— Pero las pruebas.

— Hé aquí los documentos que prueban la identidad de Juan, condes ó el conde sacando de uno de los bolsillos de su casaca un legajo. He forjado una historia, que aunque novelesca, creará el conde. Ahora bien; se le remiten estos papeles, citándole aquí para esta noche á las doce.

— Pero...

— Déjame concluir. Hace algun tiempo que Angela no recibe como antes cartas del ejército; que ignora lo que ha sido de Juan.

— Y bien...

— Se la escribe otra carta semejante á la del conde. El amante moribundo que no puede por lo tanto escribir, la avisa su regreso á Madrid, y las imposibilidades que ha tenido para verla; desea que en sus últimos momentos esté á su lado, y se vale para mensajero de un amigo.

— Angela no vendrá.

— Todo lo arrastra una muchacha apasionada. Además, acabo de verla, y la he dicho que no me espere esta noche, porque me ocupan asuntos de interés. No teniendo quien se lo estorbe, vendrá.

— Nada comprendo aun.

— Pues yo lo entiendo perfectamente. Campomanes y Angela vienen aquí por un mismo motivo y á una misma hora. Entonces me presento yo con algunos testigos. Finjo enfurecerme, insulto al conde, le llamo seductor, y le pido una satisfaccion; si me la niega, en un raptó de furor le mato y todo está concluido: yo me encargo de las consecuencias.

— Muy bien pensado está eso, señor, dijo Pedrillo: todo se reduce á prestar á V. E. mi casa.

— Y á ayudarme en un caso.

— Ayudaré á V. E.

— Pues bien, estamos convenidos, dijo el conde; aleja á los tuyos, y que nadie pueda ser testigo de lo que ha de pasar aquí.

— Perdona V. E., dijo Pedrillo al conde que se dirigia á la puerta; pero aun falta algo: yo soy un pobre diablo y V. E. un gran señor; como hemos unido nuestras existencias para el crimen, unámoslas para la horca; nada haré si no me entrega V. E. un documento en que me mandeis matar á Campomanes.

— ¡Cómo!

— O no cuente V. E. conmigo.

Campo Rojo conoció que nada conseguia negándose, y escribió en un papel que le mostró Pedrillo:

«Es necesario que muera el fiscal del Consejo de Castilla don José Moreno, conde de Campomanes. Firmado.»

«Conde de Campo Rojo. A 31 de marzo de 1768.»

Luego dobló el papel y en el reverso sobre el escrito puso:

«A Pedro de las Heras, antes mi mayordomo y ahora ciego violinista, calle de Atocha, núm. 120, guardilla.»

— Estamos conformes: este papel á entrambos nos compromete, y estoy seguro que V. E. por sí mismo tendrá gran cuidado en que este asunto no traspire.

El conde tenia fiebre; sus ojos extraviados tenían la expresion de una desesperacion insensata.

— Adios, dijo al fin á Pedrillo: te dejo mis pistolas para un lance extremo.

Y se dirigió á la puerta.

— espere V. E., señor conde, y le alumbraré; la escalera es alta y está muy oscura.

Poco despues Pedrillo y el conde bajaban la escalera. Entre tanto Juan salió de su escondite, buscó á tientas la mesa, tomó de sobre ella las pistolas, y se sentó en el sillón de vaqueta que habia ocupado Pedrillo.

## CAPITULO IV.

REVELACIONES.

Cuando Pedrillo volvió, aseguró la puerta por dentro, y tan turbado estaba que no reparó en Juan hasta que llegó junto á la mesa.

Primeró sus ojos lanzaron un relámpago mirando al joven. Luego la calma mas profunda dominó en su semblante, y se dirigió hácia él con los brazos abiertos.

— ¡Juan! ¡hijo mio! ¡querido mio! le dijo.

— Apártate, miserable, contestó el joven: no me toques con tus manos de asesino si en algo aprecias la vida.

— Con que lo sabes todo, gritó abandonándose á su rabia Pedrillo. ¡Oh! peor para tí, porque ese secreto te va á matar. Y sacó un largo puñal de debajo de su opalanda de mendigo.

— Ríndete, infame, gritó Juan armando una de las pistolas.

Pedrillo rugió.

— Dame los papeles que acreditan mi nacimiento. Pedrillo se hizo atrás.

— Dame esos papeles, repitió el joven ganando el terreno que Pedrillo perdía.

En los ojos de Juan brotaba la sangre; la decision de matar estaba pintada en ellos, y Pedro puso los papeles sobre la mesa.

— Ahora arrójate al suelo.

— ¿Qué quieres hacer conmigo, Juan?

— ¿Qué? ¡entregarte á la justicia, infame!

— Harás mal, porque yo puedo decirte todo lo que sé acerca de tu estado.

— Habla.

— Pero para ello es necesario que me ofrezcas no entregarme á los tribunales.

— ¡Habla! tú fuiste criado de mi padre.

— Lacayo, contestó Pedrillo sentándose con impudencia sobre el arcon; hace de esto catorce años, y tú tenias diez; Teresa acababa de nacer.

Por aquel tiempo entraba en la casa don Juan de Haro; concurrían los condes de Campomanes, de Aranda y el marqués de la Ensenada, todo lo mas rico y noble de la corte; tu madre era hermosísima y tenia muchos adoradores; pero ninguno pudo jactarse de haberla debido una mirada, una sonrisa ó una señal de inteligencia.

Sin embargo, don Juan de Haro se apasionó frenéticamente de ella; pero concibió que nada conseguiria alarmando la virtud de tu madre, y meditó un proyecto de éxito seguro.

Un dia me encontré en la Plaza Mayor y me llamó. Llévome á una taberna y subió conmigo á un aposento retirado que cerró cuidadosamente.

— Tú eres muy pobre, me dijo.

— Sí señor, muy pobre, le contesté; no tengo mas que mis brazos.

— Pues bien, yo puedo darte lo suficiente para que no trabajes mas.

— Gracias, señor, le dije; pero V. E. necesitará algun gran servicio de mi parte en cambio de esa proteccion.

— Poca cosa, contestó mirándome fijamente y sacando del bolsillo un papel doblado: todo se reduce á que eches estos polvos en el chocolate que sirvas esta tarde á tu amo.

Te confieso, Juan, que me enterneci.

— ¿Y para qué son esos polvos?

— Para que duerma, contestó roncamente.

— No lo haré, dije levantándome.

— Bien, añadió, yo creí que esto no te vendria mal; y me enseñó un bolsillo de seda, entre cuyas mallas relucian multitud de onzas de oro.

Confieso que no tuve valor para salir de allí, y me senté de nuevo. La vista del bolsillo me fascinaba: yo era pobre; estaba reducido á la servidumbre, y por hacer dormir á un hombre me hacian rico. Yo en verdad no creía que se trataba de asesinar á tu padre, sino de proporcionarse algunos momentos de libertad con tu madre. El oro me fascinaba mas á cada momento, y puse mi mano derecha sobre el bolsillo y la izquierda sobre el papel.

— Aun no, me dijo aquel hombre fatal sacando papel y tintero de su bolsillo, antes es preciso que escribas aquí.

— ¿Y qué he de escribir?

— «Declaro haber compuesto con ciertos polvos el chocolate que he servido hoy al señor conde de Campo Rojo.»

— Pero ya ve V. E., le contesté, que me expongo á una desgracia.

Don Juan de Haro dejó caer su mano significativamente sobre el bolsillo.

El demonio de la codicia me embriagó, tomé la pluma, escribí y firmé; Don Juan de Haro tomó el papel, me entregó el bolsillo y me dijo:

— Si no haces esta tarde lo que hemos convenido, mañana te entrego á la justicia; pero si lo haces, te doy otro bolsillo mayor que ese.

Yo no sabia lo que me acontecia; sentí miedo, y

pedí un vaso de aguardiente; entonces me sentí mas resuelto y me decidí.

Era ya cerca de oscurecer y fui á casa de tu padre; bien pronto me pidió, como de costumbre, el chocolate.

Si no hubiese bebido, de seguro hubiera reflexionado; pero no fué así: los polvos cayeron en el chocolate y tu padre bebió.

Una hora despues, todos estaban consternados; el conde habia caído de su sillón muerto de repente, como si le hubiera herido un rayo.

Los médicos ó estaban comprados, ó no conocieron los efectos del veneno, pues dijeron que habia muerto de una congestión cerebral.

Todo concluyó: tu padre fué enterrado con la pompa que pertenecía á su clase, y los salones se cerraron para todo el mundo, excepto para don Juan de Haro, uno de los mas próximos parientes de tu padre, y su heredero á falta de sus hijos.

Tu madre estaba sumida en la mas horrible desesperación, y en vano se esforzaban por consolarla su hermana doña Juana, madre de Angela, que entonces era una niña casi de la misma edad que tu hermana Teresa.

Así pasaron tres meses. Al fin de ellos, un día don Juan de Haro me llevó á la misma taberna donde habíamos estado anteriormente, y me ofreció otro bolsillo si os robaba á vosotros dos, únicos herederos del conde, y os arrojaba á la inclusa de Toledo. Cuando se ha dado el primer paso, se da con facilidad el segundo; tres días despues fuisteis arrebatados por mí del lado de vuestra madre, pero no me atreví á abandonaros. Con el dinero que ese hombre me ha dado, me dije, los educaré; los haré pasar por mis hijos, y al menos no serán expósitos.

Juan escuchaba con una atención terrible á Pedrillo; sus labios descoloridos temblaban: el miserable, á pesar de su impudencia, tenia miedo.

—¿Y qué fué de mi madre? preguntó con acento breve y opaco á Pedrillo.

—Segun pude saber cuando volví á Madrid, obligada por los asiduos cuidados de don Juan de Haro, que habia heredado al conde á falta de sus hijos, que se creían muertos ó perdidos, se habia unido á él. El resultado que este enlace tuvo lo has oído de su misma boca; y á mí me debes el ser rico y estar en posición de vengar á tu padre: cosa que hubiera sido para tí siempre un misterio, si yo te hubiera expuesto en la inclusa de Toledo.

—Pero me enviastes á la muerte, miserable, sufriendo cuando mi amor, amor providencial por cierto, me hizo pensar en buscar la fortuna en campaña; me viste miserable, sufriendo, reducido al pan de la miseria sin comoverte ni arrepentirte: has entregado al trabajo penoso de las mujeres desvalidas á mi pobre Teresa, á la hija de tu señor á quien habias asesinado, y sabé Dios lo que habrá sido de ella en ese círculo de corrupción que rodea á las jóvenes hermosas y pobres en Madrid. Has hecho un comercio vil con la sangre de los míos, y esto no puede quedar impune.

Pedrillo, á pesar de su insolente serenidad, se puso pálido como un cadáver.

—Por ahora lo que necesito es asegurarte, dijo el joven buscando un sitio donde encerrar á Pedrillo; y te aseguraré, si; añadió reparando en el arcon de las provisiones; abre ahí.

—¿Juan!

—Abre, gritó el joven, amartillando una pistola. Pedrillo se levantó y abrió el arcon.

—Ahora entra.

Pedrillo comprendió que toda resistencia era inútil, y entró.

Juan dejó caer sobre él la tapa y cerró. En aquel momento se oyeron pasos en la escalera y llamaron á la puerta de la guardilla.

## CAPITULO V.

### EL FABRICANTE DE MONDADIENTES.

Juan abrió la puerta, y entró un joven como de diez y ocho años envuelto en un manto de estudiante, raído hasta el punto de ser el *fac-simile* de una tela de araña, y cubierta la cabeza con un sombrero, que un tiempo, segun vestigios, debió de ser de tres picos, pero que entonces habia quedado reducido á un casquete mugriento. Este equipaje destilaba agua por todas partes, en atención á estar lloviendo de una manera ruidosa.

En el semblante de este joven, en que la miseria y las privaciones habian respetado la nobleza y la hermosura, se notaba un desaliado profundo. Sus ojos miraban y no veían; sus palabras se dirigían á la ventura.

—Deme Vd. una luz. ¡Pronto una luz! ¡Quiero estar solo! ¡morirme solo! ¡reventar solo! dijo sin mirar á Juan y con el acento de una excitación febril.

Nuestro cazador miró con sorpresa al recién venido, y una lágrima y una melancólica sonrisa surgieron de su corazón.

—¿Diego! ¡pobre Diego! exclamó abrazándole.

—¿Quién es? dijo el otro separándose y frotándose los ojos como quien pretende alejar de sí un sueño. ¡Ah! eres tú. ¡Juan! ¡mi querido Juan! Y otra lágrima y otra sonrisa aparecieron en el semblante de Diego.

Esta vez los dos jóvenes se abrazaron estrechamente.

—¿Y cómo has venido? preguntó Diego; ¿eres ya capitán? ¿Estás rico? ¿has hecho suerte?

—Si, contestó Juan: he traído de campaña mi licencia y una pierna rota.

—¿Cómo ha de ser! paciencia: tambien por aquí corre mala suerte, murió mi padre, mi madre, mis tíos, mis tías, mis parientes, y me he quedado solo; ¡solo! comprendes tú el sentido de esta palabra, ¡solo!

—Pero ya debes ser bachiller en derecho.

—Debia serlo, pero ¡ah! ahorqué los estudios. El *Jus Romanum* era para mí un narcótico insufrible, y el *Fuero Juzgo* una droga insípida y nauseabunda. Y luego, yo no he nacido para el foro judicial. Me sentia arrastrado de una manera irresistible hácia otro foro donde brotan laureles y oro: necesitaba una corona para mi frente y un tesoro para mi bolsa. Fuera los comentarios, me dije: ¡muera Ciceron! ¡viva Platon y Aristóteles! Y sin meditar mas, arrojé fuera de mí la toga para apoderarme de la carátula cómica y el coturno trágico. La risa, el llanto, las sensaciones, los aplausos, el foro escénico. ¡Oh! esa, esa es la inmortalidad, la fortuna.

Juan miraba con ojos desencajados á Diego, temiendo no se hubiese vuelto loco.

(Se concluirá.)

## Revista de Paris.

Los lectores de este periódico no han olvidado sin duda aquella famosa heroína, madama Chermidy, de la novela *Eulalia* que hemos publicado en estas columnas. El tipo de esas mujeres, aunque no en abundancia, suele encontrarse en Paris, y justamente vamos á poner en escena una de ellas, muy conocida en los salones cosmopolitas de algunos extranjeros ricos, y á quien llamaremos Armanda.

La pintura que trazó M. About de la Chermidy conviene de todo punto á nuestra dama; lleva una vida de princesa, tiene coches, caballos, aderezos magníficos, casa con gran lujo, y media aquí la circunstancia de que nadie la conoce capital ni bienes de ningun género.

Ultimamente las personas que la visitan encontraban siempre á su puerta, sentada en un banquillo de la antesala, á una mujer sucia, cubierta de harapos, de una fealdad indecible, en suma, tan repugnante como la criada ó compañera de la Chermidy.

Todos deseaban indagar quién podia ser aquella portera de nueva especie; los amigos mas íntimos interrogaban sobre este punto á la dueña de la casa, pero las respuestas que recibían eran poco satisfactorias, y el misterio excitaba mas y mas la curiosidad de los muchos amigos de Armanda.

Por fin, un día del mes último fué presentado en la casa en cuestion un lord inglés sumamente rico. Cuando abrieron la puerta, lo primero que descubrió fué á la mujer susodicha tendida en el banquillo y roncando como una persona que ha bebido mucho.

Volvió tres ó cuatro veces, y siempre la halló en el mismo sitio. Entonces, sin poder resistir mas tiempo y ya con alguna familiaridad en la casa, se atrevió á preguntar:

—¿Quién es esa mujer asquerosa que veo siempre tendida en la antesala?

Armada esperaba esta pregunta con impaciencia, porque el lord inglés era el hombre privilegiado á quien ella queria dar la explicación del enigma.

—Milor, respondió tomando un aire compungido, deseo que no me interrogue Vd. mas acerca del asunto.

—¿Pues?...

—Me costaria mucho trabajo, padeceria mucho si tuviera que revelar á Vd. ese secreto.

—¿Ah! ¿Es un secreto?

—Sí señor; acaso el mas triste de los secretos de mi vida íntima.

—Suplico á Vd., Armada, que me elija Vd. por su confidente. Me intereso en todo lo que tiene relacion con Vd., y creo que mi amistad me da el derecho de reclamar mi parte en sus pesadumbres.

—¿Oh! mil gracias; ese lenguaje es de un buen amigo, pero permítame Vd. que guarde mi secreto.

—No, no lo permitiré: suplico á Vd. que hable.

—Milor, ya que Vd. lo exige, hablaré. Hace un año que debo cierta cantidad á un platero, y no me ha sido posible satisfacer hasta ahora su deuda. Ese acreedor terrible despues de haberme perseguido de mil modos, ha imaginado un medio atroz para atormentarme continuamente; ha buscado entre las barrenderas de Paris la mujer mas hedionda, y la ha traído á mi casa con la cuenta y con la orden expresa de permanecer en mi antesala hasta que la pague.

Armada se interrumpió un momento, y luego continuó lanzando un profundo suspiro:

—Hace un mes, amigo mío, que ese monstruo se viene á instalar todos los días en el lugar donde Vd. la ve; me avergüenzo y me ahogo de cólera con lo que me pasa, y si no estuviera bien convencida de que Vd. es el hombre mas delicado del mundo, nunca, nunca me habria atrevido á mostrarle á Vd. la llaga oculta de mi corazón.

—¿Y eso es todo, Armada?

—No hay nada más.

—Vaya, vaya, si no tiene Vd. otros motivos de pena, podemos dar gracias á Dios; si Vd. me lo permite, dentro de una hora estará Vd. libre de su terrible acreedor y de su inmundado emisario. ¿Cuánto debe Vd. al platero?

—Se lo diré á Vd.

Armada llamó á su criada, y esta fué á buscar la nota del platero que la barrendera le entregó inmediatamente, y el

noble y generoso inglés suplicó á la bella dama que hiciera uso de los billetes que habia en su cartera para echar á la calle á la mujer que tan horrenda figura hacia en la antesala.

Cuando salió el lord, llevaba la frente erguida, se consideraba como un hombre muy dichoso, porque habia podido hacer un favor á una mujer amable.

En el boulevard se encontró con dos amigos á quienes contó lo que acababa de hacer.

—¿Insigne locura! le dijeron.

—¿Oh! la pobre mujer se hallaba en una situación digna de lástima.

—¿Y Vd. la ha creído!

—¿Porqué no?

—¿Cuál es su nombre?

—No sé si debo revelarlo...

—Entre nosotros...

—¿Me prometen Vds. un secreto absoluto?

—La promesa es inútil, guardaremos el secreto, milor.

—Es Armada X...

—¿Armada?

—¿Cómo! ¿Ustedes la conocen?

—Ya lo creo, respondió uno de los amigos. Y hago una apuesta: esa mujer le ha engañado á Vd.; toda esa historia es mentira.

—Corriente, apostemos.

—¿Le ha dicho á Vd. quién era el platero con quien tenia la deuda?

—Sí, señor.

Y el lord designó al platero que habia nombrado Armada; los tres amigos se dirigieron á su tienda y le interrogaron; el platero respondió que no conocia á tal mujer.

Por consiguiente, el súbdito de S. M. B. hubo de convenir en que habia sido engañado, y que aquella peregrina historia del platero y de la barrendera habia sido inventada por la fecunda imaginación de una aventurera.

Los diarios de Paris han hablado mucho esta semana de un acontecimiento trágico que ha tenido lugar últimamente en Italia.

El caso ha sido este. Un joven siciliano rico y de buena familia se habia enamorado hace algun tiempo en Nápoles de una de las hermanas Ferni, célebres violinistas de reputación europea.

El siciliano fué á ver al padre de las dos artistas el día en que salió de Nápoles, y le preguntó si daría una de sus hijas á un joven que la pidiese en matrimonio y tuviese una renta de cuatro mil pesos.

La contestación del padre fué que accederia gustoso, con tal de que el partido conviniera á su hija.

El joven se marchó y no volvió á tratar del asunto en dos años; pero al cabo de este tiempo escribió una carta al señor Ferni preguntándole si no habia cambiado de parecer.

Esta carta quedó sin respuesta.

Entre tanto Ferni se fué á Milan con sus dos hijas para dar varios conciertos en los teatros, y algunos días despues llegó tambien á la ciudad el siciliano; Ferni y sus dos hijas le recibieron en la habitación que habian tomado en la fonda de la Bella Venecia.

Entonces se dirigió á Virginia, que era la que ocupaba sus pensamientos, y la pidió su mano; Virginia contestó que la proposición la lisonjaba sobremanera, pero que se hallaba decidida á no casarse.

—¿No cambiará Vd. nunca de resolución? preguntó el siciliano.

—No, señor, repuso Virginia.

Entonces el pretendiente sacó tres pliegos cerrados que arrojó á Virginia, y luego se clavó un puñal con tanta furia, que cayó exánime. Le trasladaron á su habitación sin esperanzas de salvarle la vida.

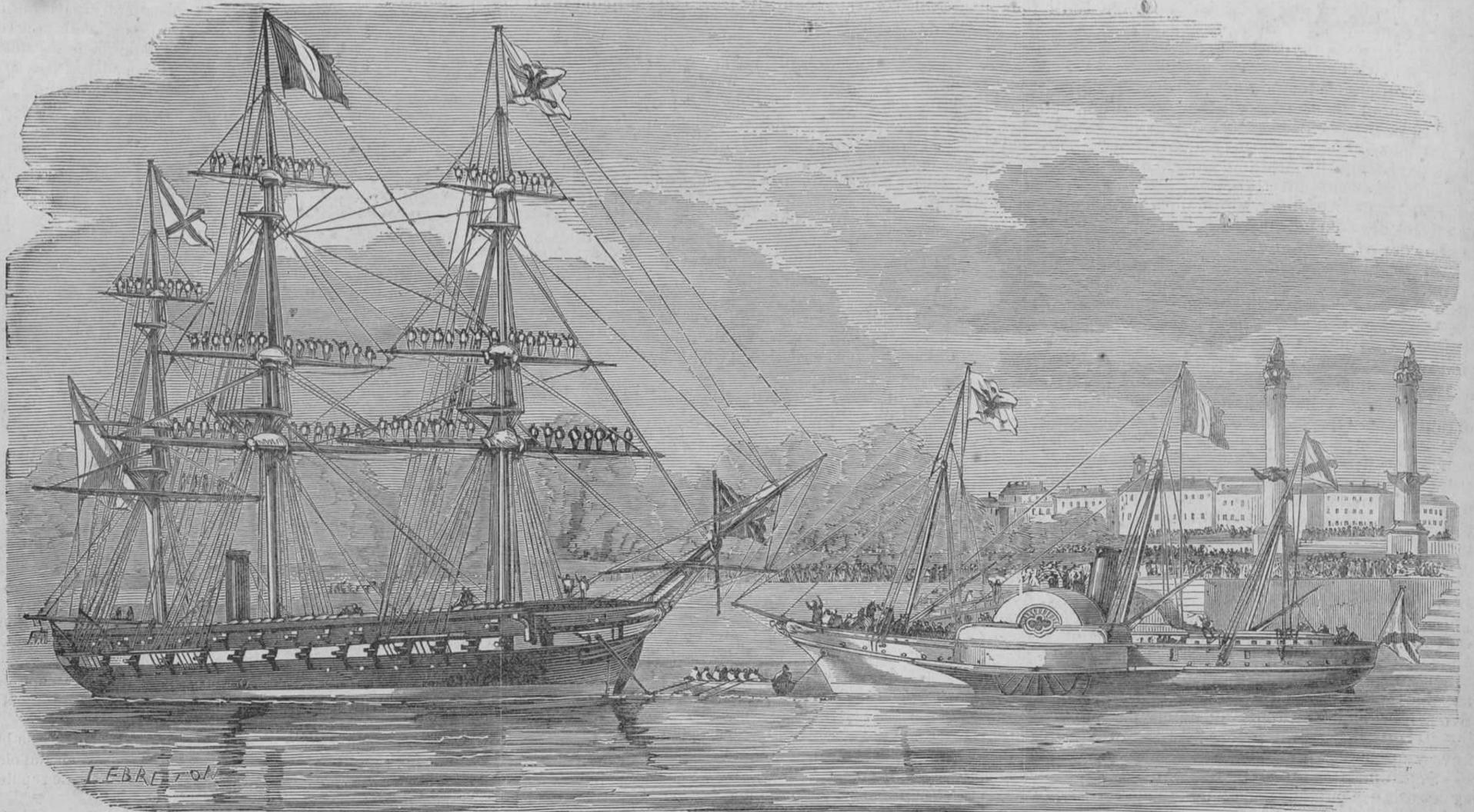
Los pliegos cerrados eran tres cartas, una para la policía, declarando que él se habia dado la muerte voluntariamente; la segunda era un testamento por el cual legaba la mitad de su fortuna á Virginia, y la otra mitad á una casa de beneficencia de Nápoles; y la tercera era para su madre, á quien anunciaba que no podia vivir si la joven le negaba su mano.

No sabemos otros pormenores sobre este suceso terrible.

En la página siguiente hallarán nuestros lectores dos dibujos de actualidad.—El primero representa la visita de Sus Majestades el emperador y la emperatriz al yacht del emperador de Rusia en el puerto de Burdeos. Esta visita tuvo lugar al regreso de SS. MM. de Biarritz; en el buque fueron recibidas por el conde de Lizianski, edecan del gran duque Constantino y por el cónsul general de Rusia en Burdeos. El capitán de fragata Ponafidine, capitán del yacht, y los oficiales del buque fueron presentados á SS. MM. mientras las tripulaciones rusas lanzaban seis hurras, saludo acostumbrado para el emperador de Rusia.

SS. MM. visitaron detenidamente los salones y los camarotes del yacht, que estaba anclado delante de las avenidas de Chartres.—Despues de esta visita continuaron su viaje á Paris.

El segundo de los dibujos representa uno de los cuadros mas importantes de un drama de gran espectáculo titulado *Fausto*, que se ha estrenado hace pocos días en el teatro de la Puerta de San Martín. Por el título comprenderán nuestros lectores que se trata de la famosa leyenda que inspiró á Goethe su obra inmortal. M. Dennery ha hecho del inmenso drama del autor alemán una especie de comedia de magia, admirable á la vista por el gran lujo que en el aparato escénico ha introducido el empresario. En cuanto á lo demás nada diremos; tocar al *Fausto* de Goethe nos parece una profanación imperdonable; el sabio doctor, la tierna Margarita y Mefistofeles son tipos imperecederos, como Don Quijote y Sancho Panza, cuando no salen del cuadro en que los colocó el genio de Goethe y de Cervantes; pero arreglados á lo que llaman las exigencias del teatro actual, se convierten en vulgares personajes de melodrama ó de comedia grotesca. En el día que tanto se agita la cuestion de la propiedad literaria en todas las



VISITA DE SS. MM. EL EMPERADOR Y LA EMPERATRIZ AL YACHT DE S. M. EL EMPERADOR DE RUSIA EN EL PUERTO DE BURDEOS.

naciones; ¿no se podría introducir en esa legislación internacional que se ha intentado, una protección eficaz contra las profanaciones de esta época?

M. Dennery ha desnaturalizado completamente la obra de Goethe, creando nuevos personajes y disponiendo la marcha de los sucesos á su manera. Sin entrar en el análisis de este nuevo *Fausto*, diremos sin embargo dos palabras para hacer

comprensible nuestro dibujo. — Cansado el protagonista de cometer crímenes monstruosos con la ayuda de su infernal compañero Mefistofeles, escapa por milagro á los torrentes de lava del Vesuvio que debieron ser su castigo, y gracias á su poder diabólico huye á la India, donde por hastío quiere hacerse hombre virtuoso; pero es ya tarde; los beneficios de un maldito se cambian en mal, y el cuadro oriental que pone en

acción esta sentencia es de un efecto extraordinario. Aquí se operan grandes prodigios por una hechicera en quien Fausto cree reconocer á su infortunada víctima Margarita; pero todo es pura ilusión: el desenlace está próximo ya, y este consiste en la absolución de Margarita y en el castigo eterno de su seductor impío.

MARIANO URRABIETA.



TEATRO DE LA PUERTA DE SAN MARTIN. — FAUST, 8º cuadro.

Bellas artes.

EXPOSICION DE LAS OBRAS PREMIADAS EN CONCURSO, Y DE LOS ENVIOS DE ROMA.

El programa del concurso de pintura era este año: «Adán y Eva encontrando el cuerpo de Abel.» Varias son las obras que se han presentado; la Academia, en su sesión del 25 de setiembre último, otorgó el primer gran premio á M. J. J. Henner, y el segundo gran premio á M. B. Ulmann. Estos dos competidores, de edad de veinte y nueve años, y nacidos ambos en el departamento del Alto Rhin, son discípulos de M. Drolling y de M. Picot.

La composición de M. Henner, que reproducimos entre nuestros dibujos, está bien entendida; pero Eva carece de carácter y se nota poca firmeza en la ejecución de esta figura. El cuerpo de Abel está mas estudiado, si bien presenta algunas líneas de un efecto poco agradable. — M. Ulmann ha tratado de comunicar á su pintura el aspecto de un cuadro viejo; pero esto no disminuye su mediana ejecución.

El asunto del concurso de escultura era el siguiente: «Aquiles tomando sus armas.» No se ha dado el primer gran premio. El de arquitectura era este: «Un hotel imperial para los inválidos de marina.» El primer gran premio se otorgó á M. Cocquart, de edad de veinte y siete años, y el segundo á M. Thierry, de veinte y ocho.



EL NIÑO DE LA CONCHA, por M. Carpeaux.

ENVIOS DE ROMA. — El cuadro mas importante de los enviados á Paris este año, es el de M. LEVY, titulado la *Cena libre*. — *San Saturio dirigiendo la palabra al pueblo*. El asunto elegido por el artista es vago y oscuro, si bien la historia está sacada de las *Actas verdaderas de los mártires*. Su reproducción nos evita el describirle. Puede citarse esta pintura como contraria al sistema académico, hay en ella efecto y armonía; las figuras están tratadas con mas coquetería que estilo, su modelado es poco firme, ciertas cabezas están indicadas, mas bien que pintadas. Los efectos de claro-oscuro que busca el artista pertenecen á la pintura de género y no á la pintura de historia. Por lo demás, en esto no hay reglas absolutas; solo si se puede decir que para alcanzar un buen éxito duradero se necesita otra cosa que un aspecto agradable de colores y una antítesis de claro y de sombra. M. Levy posee el acuerdo del efecto y de la armonía; ciertas partes de su cuadro anuncian un talento seguro de sí mismo, pero debe tener cuidado con su facilidad.

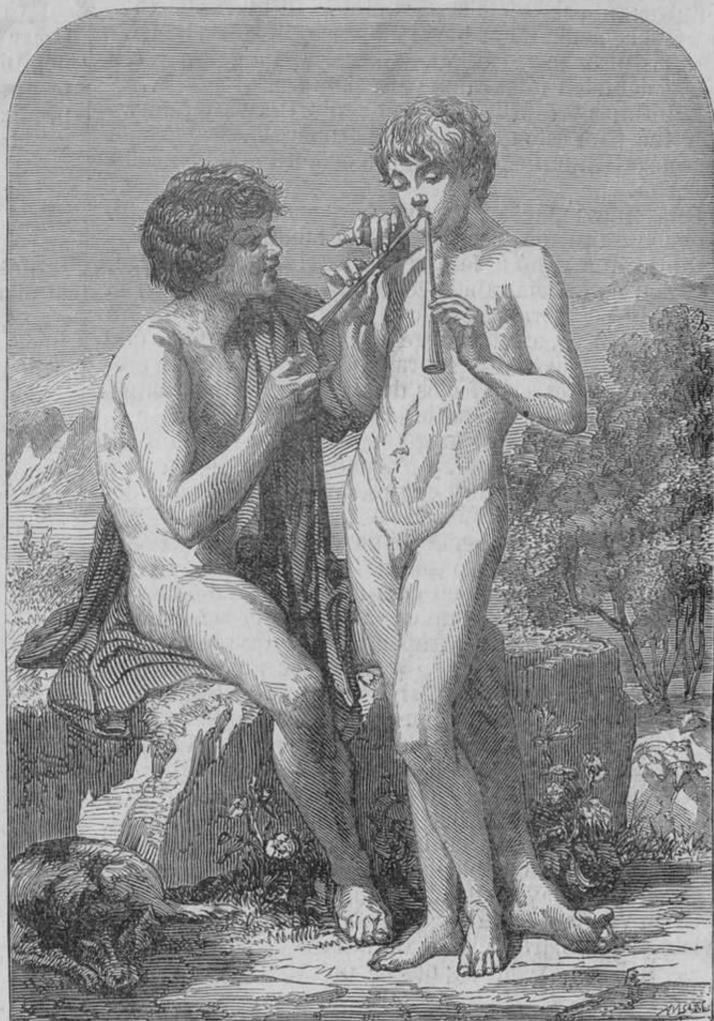
M. DELAUNAY: la *Lección de flauta*. Los dos pastorcillos de Virgilio que hay en este cuadro son figuras estudiadas con un modo severo y un poco frío que no exagera nada, que no acusa bien el relieve, que descuida el efecto, pero que modela con finura el desnudo. En la escena y en los personajes hay mucha sencillez y naturalidad; pero el colorido es un poco pálido. — No citamos otros cuadros y varios dibujos que forman parte de los envíos de Roma, por no dar á nuestros lectores frias indicaciones acerca de obras que no podemos reproducir en nuestras páginas.



Primer gran premio de pintura, por M. J. J. Henner.



LISIAS, REINA DE LIDIA, estatua por M. Lepere.



LA LECCION DE FLAUTA, pintura por M. Delannay.

ESCULTURA. — La obra capital es una estatua de mármol de *Lisia* por M. LEPE-RE, obra de una ejecución muy notable. El movimiento de la figura da lugar á inflexiones y á un juego de líneas muy variado; las formas de ese hermoso cuerpo son ricas y están bien comprendidas; pero la misma redondez de las formas, en las cuales están suprimidos los detalles del relieve y de la vida, da al conjunto cierto aspecto poco firme. El asunto de la composición carece de claridad; esa figura no manifiesta ni el espanto púdico ni la indignación de ser vista desnuda; con la mano izquierda sostiene su cabelleira que podría soltar, y con la derecha no se apodera con la presteza debida de los velos que podrían cubrirla. Teniendo en cuenta los límites impuestos á la expresión de las pasiones en la escultura, sorprende aquí la seriedad del ros-



LA CENA LIBRE, cuadro por M. Levy.

tro de una mujer de un pudor tan receloso, y que entre su marido que ha querido enseñarla por necia vanidad, y Giges que la ha visto, exige absolutamente una víctima, sea cual fuere, con tal de que no queden dos hombres en la tierra que puedan lisonjearse de conocer toda su hermosura.

El *Niño de la concha*, d. M. CARPEAUX, pertenece á un sistema enteramente opuesto; un sistema de imitación realista que se complace en los detalles de la forma corporal, en los accidentes del modelado, aunque sin exageración minuciosa, pero no olvidando nada de lo que sirve para demostrar la vida. La cabeza tiene mucha expresión de verdad, y las manos son preciosas como obra de estudio concienzudo.

J. D. P.

## LA FERIA DE LAS VANIDADES

POR W. THACKERAY.

(Continuacion.)

La pobre Briggs, con una obediencia pasiva, se fué al escritorio y esperó á que la dictaran.

— Escribid que estais encargada por miss Crawley... no, por el médico de miss Crawley, M. Cramer, de decirle que el mal estado de mi salud no me permite exponerme á conmociones violentas; que por consiguiente no puedo tener ninguna discusion de negocios, ninguna entrevista de familia, que le doy gracias porque ha venido á Brighton, y le suplico no prolongue aquí su residencia por mi causa. Podeis añadir que le deseo un buen viaje, y que si quiere pasar por casa de mi notario en Grays-Inn-Square, allí encontrará alguna cosa que le agrada: eso basta para determinarle á salir de Brighton.

Briggs escribió la última frase con un sentimiento de satisfacción muy marcado.

— Querer bloquearme el mismo día de la marcha de mistress Bute, murmuraba la enferma, es demasiado. Briggs, tambien escribireis á mistress Bute Crawley para decirle que es inútil que vuelva, puede estarse en su casa... A ver si yo mandaré en la mia, y si evitaré que me ahoguen con bebidas envenenadas... todo el mundo conspira para matarme... todos, todos.

Y la pobre anciana, descartando sucesivamente á todas las personas que habian acudido á su lado por interés, acababa por hallarse en un aislamiento completo; entonces la entraban convulsiones nerviosas y derramaba un torrente de lágrimas.

Entre tanto se acercaba para ella la última escena en la triste comedia de la Feria de las Vanidades. Poco á poco las luces se apagaban, y pronto iba á desaparecer detrás del telon fatal caído para siempre.

El último párrafo de la carta de miss Crawley á Rawdon fué para este una especie de consuelo, despues de una negativa tan explícita sobre el punto de la reconciliación.

Estas líneas mágicas produjeron pues un gran efecto. Rawdon quiso apresurar su viaje á Londres.

Sin lo que ganó á José y sin los billetes de Jorge, Rawdon no habria sabido cómo pagar sus gastos en la fonda. El posadero ignoró que por poco no cobra un cuarto. Rebeca, como un general experimentado que salva sus bagajes en la retirada, despues de haber empaquetado todos sus efectos de algún valor, los mandó á Londres bajo la responsabilidad del criado de Jorge.

Afortunadamente el juego suministró á Rawdon los medios de portarse bien, y marchó, con su esposa y su cuenta pagada, veinte y cuatro horas despues que los otros personajes.

— Habria querido ver á mi tia y despedirme de ella; está muy mala, y creo que no vivirá mucho... ¿Qué será lo que me espera en casa del notario? Doscientas libras cuando menos, ¿no es verdad, Rebeca?

Para sustraerse á los importunos de que hemos hablado mas arriba, Rawdon y su mujer no volvieron á su aposento de Brompton, sino que se alojaron en una fonda de un barrio retirado.

Al día siguiente Rebeca pudo distinguir en el camino á los susodichos personajes que iban á Fulham donde vivia mistress Sedley, y donde ella fué á visitar á Amelia y á sus amigos de Brighton. Todos habian marchado para Chatham, y de allí para Harwich, punto en que el regimiento debía embarcarse para Bélgica.

Mistress Sedley estaba desolada.

A su vuelta Rebeca encontró á su marido, que habia visto ya al notario; el dragon bufaba de cólera.

— Rebeca, exclamó, ¿nos da una limosna de veinte libras!

XXVI.

ENTRE LONDRES Y CHATHAM.

Como era propio de un gran señor de su especie, nuestro amigo Jorge, al salir de Brighton, hizo su viaje en una berlina con cuatro caballos, y se apeó en un hermoso hotel de Carendish-square. Allí el recién casado tomó un aposento espléndido para él y su señora, y mandó que le sirvieran con todos los honores.

Recibió á José y á Dobbin como recibe un príncipe, y por primera vez Amelia, dominando su timidez excesiva, presidió lo que Jorge llamaba pomposamente la mesa de su señora.

Dobbin miraba con zozobra todo aquello.

Un poco despues de la comida, Amelia manifestó timidamente el deseo de ir á ver á su madre á Fulham; Jorge consintió, pero la hizo acompañar por un lacayo en atencion á que él tenia negocios aquella noche.

Dobbin la acompañó hasta la portezuela del carruaje, y se despidió pensando en el placer que habria tenido en acompañarla.

Seguramente Jorge no pensaba lo mismo; pues así que se cansó de beber, salió y compró un billete para ver á Kean en el *Judío de Venecia*. Es de advertir que el capitán Osborne era aficionadísimo al teatro.

La visita de la pobre Amelia hizo pasar á mistress Sedley algunos momentos bien dulces para su cariño materno. Se lanzó á la puerta cuando el carruaje se detuvo en la verja del jardín, y estrechó con elusion en sus brazos á la jóven trémula y conmovida hasta el punto de derramar lágrimas.

La madre y la hija dieron rienda suelta á la manifestacion de sus sentimientos así que se encontraron solas. En todas las ocasiones, las lágrimas, sean tristes ó alegres, son el recurso supremo de las mujeres. Dejemos pues en la semi-oscuridad que reina en el salon los sollozos, las lágrimas y las risas de Amelia y de su madre.

El viejo Sedley nos da el ejemplo: dió un abrazo á su hija, habló un instante con ella, y luego salió discretamente del aposento para dejarlas en toda libertad.

Apenas hacia nueve dias que Amelia habia dejado aquella modesta vivienda, y sin embargo se creia separada por un largo intervalo de los dias felices que allí pasara. Retrocediendo hácia aquella época, ¿qué diferencia no encontraba entre la situacion presente de su espíritu y la de la jóven que vivia enteramente para su amor! Aquella mirada retrospectiva la infundió cierta vergüenza, y la vista de su excelente madre tan afligida en su soledad la penetró de un tierno remordimiento. Se veia obligada á confesar que en posesion ahora de lo que ella creia el paraíso en la tierra, sus deseos no eran menos inquietos ni se hallaban menos satisfechos.

Cuando un autor casa á los héroes de su novela, por lo general concluye su cuadro, como si el drama se acabara ahí, como si los cuidados y las luchas de la vida respetaran ese límite. ¿Debe creerse pues que la mujer y el marido no tienen ya otra cosa que hacer sino marchar por una senda de rosas al término de su vida? Nuestra querida Amelia recién desembarcada en su ribera, lanzaba una última mirada á esas figuras tristes y encantadoras de que no se hallaba bastante distante aun para no ver cómo esas sombras desaparecian en lontananza.

En honor de la jóven casada mistress Sedley quiso hacer algo extraordinario, y se fué á preparar un té notable por su magnificencia. Cada cual manifiesta la ternura á su manera; la mejor para mistress Sedley era prodigar á su querida Amelia los pastelillos y las naranjas en ensalada.

En tanto que se hacian estos preparativos, Amelia dejaba el salon, subia la escalera, y se encontraba sin saber cómo en el cuartito que habia habitado antes de su boda, en aquel mismo salon donde habia pasado tantas horas de angustia y de amargura. Experimentó el placer delicioso que se tiene cuando se ve á un antiguo compañero. Luego sus pensamientos la llevaron hácia la última semana, y poco á poco volvió otra vez á su pasado.

Sentada en su sillón recordaba con todo su entusiasmo de antes la imagen de Jorge, objeto de sus primeras adoraciones. ¿Debía confesarse ahora la diferencia existente entre la realidad y los rasgos imaginarios del héroe que la habia enagenado? Para reducir á tal extremidad la vanidad de una mujer que ama á un hombre y que le elige por esposo, precisos que pasen muchos años, que haya habido muchas traiciones...

En seguida llenaban de espanto á la temerosa Amelia los ojos verdes y penetrantes de Rebeca y su siniestra sonrisa.

Sus miradas se dirigian al lecho blanco y virginal donde habia descansado tanto tiempo; pero ya no era suyo, y entonces pensaba en el placer que tendria en volverse á acostar en él y en despertarse como antes bajo la mirada risueña de su madre.

¡Oh camita blanca! ¿Cuántas confidencias no has recibido en sus largas noches de insomnios! ¿Cuántas veces en su desesperacion no la has oido llamar á la muerte! Pero ahora debe de ser muy dichosa; sus votos están cumplidos; el hombre por quien tanto ha suspirado, le posee ahora para siempre... ¿Con cuánta vigilancia y ternura no la habia velado su madre en aquel lecho de inocencia!...

Todos estos recuerdos, todos estos pensamientos destrozaban aquel corazoncito sensible y apasionado. Amelia se arrojó al pie de su cama y pidió un bálsamo consolador para las heridas de su alma á Aquel á quien la jóven se habia dirigido pocas veces hasta entonces. El amor habia sido su fe, y ahora aquel corazon dolorido buscaba el apoyo que no falta jamás al que padece.

Cuando la llamaron para tomar el té, bajó ya mas serena. Las tristes visiones habian desaparecido, su destino la parecia menos amargo, no pensaba ya ni en la frialdad de Jorge ni en los ojos verdes de Rebeca. Abrazó tiernamente á su padre y á su madre, y por sus conversaciones con el viejo Sedley penetró su alma de alegría. Dijo que el té estaba exquisito, así como la ensalada de naranjas, y luego se volvió á la fonda y recibió á Jorge con una sonrisa cuando volvió del teatro.

A la otra mañana Jorge tenia negocios mas importantes que los de la vispera. Desde su llegada á Londres habia escrito al notario de su padre diciéndole que queria tener con él una entrevista. Sus pérdidas al billar y á las cartas contra el capitán Crawley le habian dejado exhausto de recursos, y deseaba hacerse con dinero antes de su marcha. No le quedaba otro medio para ello sino el de echar mano á las dos mil libras que ponian á su disposicion.

Por lo demás no dudaba que su padre se ablandaria en su severidad; ¿qué padre puede haber tan duro que al fin no abra los ojos sobre el mérito de un pródigo por el estilo? Pero si aquel corazon empedernido era capaz de resistir á la voz de la sangre y á la evidencia de sus altas virtudes, entonces Jorge recogeria tantos laureles en los campos de batalla, que el anciano vencido acabaria por una reconciliación generosa.

A mayor abundamiento Jorge tenia el mundo abier-

to delante de sí; su mala suerte á las cartas no habia de ser eterna, y con dos mil libras tenia para esperar un poco.

Mandó traer un coche para que otra vez Amelia se dirigiera á casa de su madre. Dió carta blanca á las señoras para que en sus compras obedecieran á las exigencias de la moda, pues queria que mistress Jorge Osborne no careciese de nada para producir gran sensacion al presentarse en pais extranjero.

Mistress Sedley corriendo en coche de una tienda á otra se creyó un instante en los dias de su grandeza pasada; Amelia no se mostró completamente indiferente al placer de comprar cosas bonitas; no la costaba nada obedecer á las órdenes de su marido, y se distinguia en la adquisicion de todos los objetos por una elegancia extraordinaria, como dicen en su lenguaje tradicional los mercaderes.

En cuanto á la guerra que se vislumbraba en lontananza, no era cosa que atormentaba en demasía á la jóven Amelia. Bonaparte seria derrotado en el primer encuentro. Los buques de Margate trasportaban cada día á Gante y á Bruselas una sociedad elegante y distinguida. Mas bien parecia que iban á una diversion que á una guerra formal. ¿Cómo resistiria el corso á los ejércitos coaligados de la Europa y al genio de Wellington?

Amelia era partícipe de estas ideas, pues creemos inútil decir que aquella criatura angelical aceptaba de buenas á primeras las impresiones de los que la rodeaban.

Pero volvamos á nuestro asunto. Amelia y su madre pasaron un día corriendo tiendas, mientras Jorge entraba en el estudio del notario.

Al penetrar en el gabinete de M. Higgs, Jorge esperaba quizá hallarle encargado de algun mensaje de reconciliación de parte de su padre, y tomó desde luego un aire desdeñoso y soberbio para manifestar en su exterior la resolucion y la firmeza de su alma.

Pero estas pretensiones arrogantes solo encontraron frialdad ó indiferencia en el notario, lo que las hizo mas ridículas aun: M. Higgs estaba escribiendo cuando entró el capitán.

— Sentaos si gustais, le dijo; soy con vos al instante. M. Poe, traedme el legajo.

Y continuó escribiendo.

Traidos los papeles, M. Higgs preguntó á Jorge si queria sus dos mil libras en billetes pagaderos á la vista, ó si preferia que le compraran renta.

— Uno de los albaceas de la difunta mistress Osborne se halla ausente ahora, dijo con mucha indiferencia; pero mi cliente quiere conformarse con vuestros deseos para orillar este asunto cuanto antes.

— Hacedme un billete, respondió el capitán de mal humor.

Y con un aire de majestuoso desprecio se metió el papel en el bolsillo y salió del despacho de M. Higgs.

— Dentro de dos años estará en la cárcel, dijo M. Higgs á M. Poe.

— ¿Creeis que su padre no se ablandará? preguntó este.

— Antes se ablandará una esquina, respondió M. Higgs.

— Lo que es él se da buena vida, repuso M. Poe; noches pasadas le vi con otros individuos de su regimiento que acompañaba hasta el carruaje á mistress High-Zlyer á la salida del teatro.

El billete era pagadero en casa de nuestros amigos Hulker y Bullock. Jorge juzgó á propósito cobrar su dinero. Federico Bullock estaba examinando lo que habia uno de sus empleados cuando Jorge se presentó; al punto su rostro bilioso tomó una tinta lívida y se retiró como para ocultar los remordimientos de su conciencia en su gabinete mas recóndito.

Jorge con los ojos fijos en su dinero no reparó ni las variaciones de color, ni la fuga del cadavérico adorador de su hermana.

Federico Bullock dió parte en seguida al viejo Osborne del paso de su hijo.

— ¡Qué orgulloso es! le dijo su futuro yerno; tomó hasta el último chelín; poco tardará en gastarlo todo.

El viejo Osborne atestiguó con un juramento que le importaba poco el tiempo y el modo que tendria de gastar sus libras esterlinas.

En cuanto á Jorge, muy satisfecho del resultado de sus negocios aquel día, hizo con presteza todos sus preparativos de marcha, y Amelia recibió para pagar sus compras un puñado de billetes que su marido la entregó con una generosidad de príncipe.

XXVII.

AMELIA EN EL REGIMIENTO.

Cuando el rico carruaje de José se detuvo á la puerta del hotel de Chatham, la primera cara que vió Amelia fué la del buen capitán Dobbin que hacia mas de una hora se paseaba por la calle esperando la llegada de sus amigos.

El capitán con sus charreteras, su casaca de uniforme, su cinturón encarnado y su sable tenia un aire marcial; José sintió al verle cierto orgullo y le saludó con mas cordialidad que en Brighton.

El capitán estaba con el teniente Stubble, que al ver á Amelia no pudo menos de exclamar:

— ¡Linda criatura á fe mia!

Osborne se envaneció con esta aprobación espontánea, y la tomó por un homenaje hecho á su buen gusto. A decir verdad, Amelia, con su esclavina de mujer casada, con sus cintas de color de rosa y la frescura que daba á sus mejillas un viaje rápido hecho al aire libre, justificaba perfectamente la hisonja del teniente.

Dobbin, en el fondo de su corazón, dió gracias á su joven compañero.

Cuando Amelia vió el número de regimiento en el casco del teniente, le dirigió un saludo acompañado de una sonrisa, lo que acabó de hechizar á Stubble. Desde aquel día Dobbin le trató del modo más afectuoso, y tanto en el paseo como en el cuartel, muy á menudo hablaron de Amelia en sus conversaciones.

En breve, todos los oficiales del regimiento admiraron á porfía á mistress Osborne. Sus maneras sencillas y naturales, su aire benévolo y modesto, la granjearon la simpatía general. Jorge creció mucho en la estimación de sus compañeros, seducidos por su desinterés en haber elegido una esposa sin fortuna, pero tan amable y hechicera.

En el salón común la joven encontró una carta para ella; era un billete de color de rosa de forma triangular. En el selio se veía una paloma con un ramo de oliva en la boca.

Era una esquila de mistress la mayor O'Doow, como al punto lo advinó Jorge, en la cual suplicaba á Amelia que fuera á pasar la noche en su compañía.

— Es preciso ir, dijo Jorge; allí conoceréis á todos los oficiales de nuestro cuerpo.

Pero apenas habían pasado algunos minutos, cuando la puerta se abrió con estrépito, y apareció una mujer gruesa vestida de amazona seguida de algunos oficiales.

Era mistress O'Doow.

— ¡Aquí estoy! exclamó, no he podido esperar á la noche. Jorge, presentadme á vuestra señora... Señora, me alegro mucho conoceros, y os presento á mi esposo el mayor O'Doow.

Y dicho esto, la amazona se precipitó al cuello de Amelia con una efusión delirante, y Amelia reconoció en seguida el original de la caricatura que tantas veces le había trazado su marido.

— Vuestro querido esposo os habrá hablado á menudo de mí, repuso la dama.

Amelia contestó que en efecto había sido así.

— Estoy segura de que me habrá arreglado á su modo, dijo mistress O'Doow, añadiendo que Jorge tenía mala lengua.

— Sin duda, sin duda, repuso el mayor, que era como un eco de las palabras de su señora.

El mayor O'Doow había servido á su soberano en todas las partes del mundo. Aunque no alcanzó sus grados por intriga, era sin embargo modesto, silencioso y pacífico; era un cordero que su mujer guiaba á su atajo. Se sentaba en silencio á la mesa de los oficiales, bebía mucho, y luego se retiraba á descansar á su aposento. Si abría la boca, era para corroborar la opinión ajena. En suma, era dichoso. El sol ardiente de la India no había abrasado su sangre, y la fiebre amarilla no hizo en él ninguna presa. Marchaba á una batería de cañones indiferente como cuando iba á paseo. Su apetito no distinguía entre un asado de caballo y una sopa de tortuga. Aun vivía su anciana madre á la que jamás había desobedecido, si no para alistarse y para contraer matrimonio con la famosa Peggy de Glen Malony.

Peggy era una de las cinco señoritas que formaban parte de los once hijos de la noble casa de Glen Malony. Su marido era primo suyo por el lado materno. Después de haber pasado diez años buscando esposo inútilmente, miss Malony ordenó á su primo que se casara con ella cuando ya tenía seis lustros y pico. El buen muchacho obedeció y se llevó á su prima á las Indias Occidentales, donde como mayor de edad obtuvo la presidencia de las señoras del regimiento.

Apenas había pasado mistress O'Doow media hora con Amelia, cuando esta, sufriendo la ley común á todos los nuevos conocimientos de la mayor, tuvo que oír de la cruz á la fecha la historia de su familia y la genealogía de los Malony.

— Querida mía, la decía en la efusión de sus confidencias, yo deseaba que Jorge se casara con mi hermana Glorvina; pero ya que lo ha efectuado con vos, os considero como de la familia. Me agrada vuestra fisonomía; veo que nos tendremos una gran amistad. Pero tengo que presentaros á nuestro personal... Hoy asistiremos al banquete que da el 150; ¿queréis venir á tomar algo conmigo para engañar el hambre hasta las cinco? Sin cumplimientos.

— Amelia, dijo el capitán Jorge, vamos á nuestro servicio; durante ese tiempo, mistress O'Doow procederá á vuestra educación militar.

Una vez en posesión de su nueva amiga, mistress O'Doow la llenó de noticias que la otra no podía fijar en su mente. Amelia quedó enterada de la historia secreta de la numerosa familia en cuyas filas acababa de entrar.

Aquella misma tarde la presentaron á los demás miembros de su familia improvisada. Como era tímida y amable, sin ser bastante bonita para hacer sombra á las demás, la primera impresión resultó en su favor. Pero como los oficiales del 150 la juzgaron digna de su atención particular, todas sus hermanas comenzaron á sacarla defectos que era una maravilla.

— ¿Ha concluido Osborne de hacer locuras? dijo mistress Magenís á mistress Bunny.

— Si un libertino se puede convertir en buen esposo, no hay duda que Jorge será el modelo de los maridos,

dijo mistress O'Doow á mistress Posky, que había sido hasta entonces la más joven de las casadas en el regimiento, y estaba furiosa porque Amelia la arrebatara el puesto.

En cuanto á mistress Kirk, la asistente del doctor Ramohorn propuso á mistress Osborne dos ó tres cuestiones de principio sobre el dogma, para ver si era una oveja escogida. Por la sencillez de sus contestaciones decidió que su alma erraba todavía en las tinieblas más profundas. A fin de que se acercara á la luz la entregó tres libritos baratos y adornados con viñetas; hé aquí sus títulos:

*Los gemidos en el desierto;*

*La Lavandera de Wandsworth;*

*La verdadera Bayoneta del soldado inglés.*

Deseosa de sacarla de aquel caos de ignorancia antes de que el sueño cerrara sus ojos, mistress Kirk arrancó á la joven la promesa de que no se acostaría antes de haber leído sus libritos.

Los hombres, ajenos á esas maniobras femeninas, formaron círculo en torno de la encantadora Amelia, y agotaron en su honor todo el repertorio de la galantería militar. Fué aquello una verdadera ovación que reanimó el valor de Amelia y devolvió á sus ojos todo su brillo.

Jorge se envanecía con los triunfos de su mujer y la manifestaba su orgullo con miradas de afectuosa ternura.

Así aquella noche Amelia fué muy dichosa, y su pobre corazón daba saltos de alegría.

— Quiero ser amable con todos sus amigos, decía para sí; basta que sean amigos de Jorge para que yo los acepte como míos.

La entrada de Amelia en el regimiento se hizo pues por aclamación; los capitanes la hallaban encantadora, los alféreces cantaban sus alabanzas, y los subalternos habrían quemado incienso en su honor.

En cuanto al capitán Dobbin, no desplegó sus labios en toda la noche; cuando acompañó á José á su fonda, daba pasos en falso y estaba preocupado como nunca.

Jorge, en el momento de salir de casa de mistress O'Dow, envolvió cuidadosamente á su mujer en su manto, y esta dió su mano á todos los oficiales que la acompañaron hasta su carruaje y la siguieron aun con sus estrepitosas aclamaciones.

Amelia, para apearse del coche, tomó la mano de Dobbin y le riñó sonriendo porque en toda la noche no se había acercado á ella.

El capitán estaba fumando aun cuando ya todo el mundo dormía en la fonda y en la calle. Había visto desaparecer la luz del salón de Jorge, y luego brillar y extinguirse en el dormitorio.

Se volvió á su cuartel á la claridad dudosa del alba. Ya un sordo murmullo de gritos y de maniobras se elevaba por el lado del río; eran buques de transporte que recibían á sus numerosos pasajeros para llevarlos al continente muy lejos de las orillas del Támesis.

## XXVIII.

## AMELIA LLEGA A BÉLGICA.

Los oficiales y los soldados debían embarcarse á bordo de los buques dispuestos con ese fin por el gobierno. Dos días después de la llegada de Amelia, en medio de los estrepitosos clamores de los marineros y de las tropas, del ruido de las músicas que repetían el *God save the queen*, de los oficiales que agitaban sus sombreros, y en fin, de los hurras de la flota entera, el convoy bajó lentamente sobre el río y aparejó para Ostende.

José, siempre galante, había consentido en dar escolta á su hermana y á la mujer del mayor, cuyos cofres inmensos habían marchado con los bagajes del regimiento. Nuestras dos heroínas se embarcaron para Ostende en medio de los muchos pasajeros que salían para el mismo punto.

El período de la vida de José á que asistiremos ahora está muy lleno de incidentes dramáticos. En cuanto tomó el gran partido de acompañar á las señoras, cesó de afeitarse el labio superior. En Chatham asistía con exactitud á las revistas y á los ejercicios, y en las conversaciones con los oficiales hacía todo lo posible por retener las expresiones técnicas de la milicia. Mistress O'Doow le ayudaba mucho en ese estudio, y le prestaba el socorro de sus luces.

El día del embarque á bordo de la *Belle-Rose* vestía de militar, y decía con misterio que se iba á reunir con el ejército del duque de Wellington; como llevaba coche le tomaban por un gran personaje, por un comisario general ó cuando menos por un correo del gobierno.

Lo mismo que las señoras sufrió las angustias del mar en el viaje; Amelia se sintió renacer cuando entró en el puerto de Ostende; pero es porque descubrió el buque en el cual se hallaba el regimiento de su marido.

José fué derecho á la fonda, y el capitán Dobbin después de haber escoltado á las señoras, se ocupó en reclamar en el buque y luego en la aduana el coche y los efectos de José, que se hallaba entonces sin criado. El suyo, de acuerdo con el de Jorge, no quiso embarcarse; sin embargo Dobbin le encontró uno en el suelo extranjero, que por su puntualidad en llamarle mejor se granjeó con presteza las buenas gracias de nuestro amigo.

El duque de Wellington había ordenado que cada cual pagase sus gastos en el ejército. Para un pueblo de mercaderes este es uno de esos recuerdos que no puede

salir de la memoria. ¿Qué más puede desear un país industrial que ser invadido por un ejército de parquianos que pagan bien? La Bélgica no es por sí misma muy belicosa; su historia atestigua hace siglos que se contenta con suministrar un campo de batalla á las demás naciones.

El general en jefe del ejército inglés, el duque de Wellington había sabido inspirar á todos sus soldados una fe comparable únicamente con el entusiasmo fanático de los franceses por Napoleón. Sus disposiciones para la defensa se hallaban tan bien combinadas, sus refuerzos estaban tan próximos, que el temor se hallaba desterrado de todos los corazones, y que nuestros viajeros, entre los cuales se hallaban dos de una timidez excesiva, participaban de la seguridad general.

El regimiento de que formaban parte nuestros amigos iba á ser transportado por agua hasta Gante, y de aquí debía marchar á Bruselas. José acompañaba á las señoras que entraron en los barcos públicos lujosamente dispuestos. Estos vehículos lentos, pero cómodos, por el buen trato que en ellos se daba, se hicieron una reputación perfectamente justificada. Dígame si no el hecho siguiente: un viajero inglés que había ido á Bélgica con la intención de pasar allí una semana, entró en uno de estos buques, y tanto le gustó la cocina y el servicio, que una vez llegado á Gante, regresó á Bruselas, y en seguida repitió el viaje cien y cien veces. Por fin, se inventaron los ferro-carriles; entonces nuestro hombre desesperado se arrojó al río y se ahogó, en el momento en que el último buque que hacía el último viaje llegaba á Ostende.

José no debía recurrir á tal extremo, pero hizo bien los honores á los ricos manjares que sacaban á la mesa. Mistress O'Doow afirmaba que para complemento de su felicidad solo le faltaba casarse con su hermana Glorvina.

Frecuentes escaramuzas con el enemigo, esto es, con el bello sexo de Chettenham y de Bath, concluyeron por hacer que perdiera mucho de su timidez nuestro amigo. En el regimiento llegaron á quererle; los jóvenes oficiales le agradecían los banquetes que les daba y las ocasiones que les proporcionaba de reír con su aire marcial. Los regimientos tienen gusto en adoptar un animal favorito que les sigue en sus peregrinaciones. Jorge aludiendo á José decía que su regimiento había elegido un elefante.

Jorge comenzaba á sonrojarse un poco de la sociedad á que había tenido que presentar á su mujer, y comunicaba á Dobbin, que le oía con gran satisfacción, sus intenciones de pasar cuanto antes á otro cuerpo para que Amelia se encontrara entre gente más escogida.

En cuanto á mistress Osborne, por su carácter sencillo y su franca naturaleza se hallaba al abrigo de esas delicadezas exageradas que su marido tomaba por una prueba de buen gusto.

El regimiento debió acuartelarse en Bruselas, de modo que nuestros viajeros tuvieron por residencia una de las capitales más brillantes de Europa. Por todas partes había salones abiertos al juego y al baile; por todas partes festines y diversiones. Todo esto podía hacer abrir los ojos á la joven Amelia que no había salido nunca de su isla.

En medio de los goces más puros el joven matrimonio disfrutó durante quince días más las dulzuras de la luna de miel. Jorge se había alojado en una buena fonda, y pagaba los gastos por mitad con José; Jorge siempre pródigo aumentaba sus atenciones y sus obsequios á su esposa; Amelia debió encontrarse entonces bien dichosa. La llevaba á todas partes y la colmaba de encajes, collares y joyas de toda especie. Era sin duda el modelo de los esposos.

En un baile dado por un oficial superior Jorge obtuvo una contradanza de lady Blanca Thistlewood, hija de lord Bareacres. Enorgullecido con este honor, no quiso dejar á nadie el cuidado de ofrecer refrescos y de acompañar al coche á lady Bareacres; hablaba con énfasis de la condesa, y al siguiente día fué á visitarla, y convidó á comer á toda la familia.

Estuvo á punto de volverse loco de alegría cuando oyó que aceptaban su convite. El viejo Bareacres tenía muy poco orgullo y mucha hambre para no ir á comer donde le convidaran.

— Me prometió que seremos las únicas mujeres en esa comida, dijo lady Bareacres reflexionando en el convite improvisado.

— ¡Dios mío! mamá, ¿creeis que llevará á su mujer? preguntó lady Blanca, que en la noche anterior había bailado un vals con mucho abandono en los brazos de Jorge: el marido pase, ¡pero la mujer!...

— Acaba de casarse con ella y dicen que es preciosa, repuso el viejo conde.

— Mi querida Blanca, dijo la madre, si tu padre va bien podemos seguirle; además, una vez en Inglaterra no los veremos nunca.

Tomada esta resolución, los grandes personajes aceptaron sin escrúpulo la comida que Jorge la ofreció en Bruselas. Sin embargo, para no comprometer su dignidad, tuvieron cuidado de mantener á su mujer á cierta distancia, y no la permitieron que tomara parte en la conversación. Las señoras inglesas de gran tono desuellan en darse ese aire de superioridad desdeñosa.

La fiesta le costó mucho á Jorge, y fué para la pobre Amelia una de las noches más tristes de su luna de miel. Durante la comida la condesa de Bareacres no quiso responderla una sola vez, y lady Blanca la había mirado con su lente.

(Se continuará.)

**El baron Gros.**

El papel importante que acaba de llenar el baron Gros en las negociaciones que han producido el tratado de la Francia con la China, hace oportuna aquí la publicación del retrato del embajador francés con una corta noticia biográfica.

El baron Gros (Juan Bautista Luis), que tiene en el día unos sesenta años, entró en la carrera diplomática en 1823. Primer secretario de la legación de Méjico despues de la revolución de julio, y luego encargado de negocios en Bogotá, llenó varias misiones importantes, sobre todo en la Plata y en Inglaterra, adonde fué enviado en 1849 con motivo de la expedición de Roma.

En 1850 pasó á Atenas en calidad de comisario mediador y de ministro plenipotenciario para contribuir á arreglar la diferencia existente entre la Gran Bretaña y la Grecia. Mas tarde el baron Gros fué uno de los plenipotenciarios nombrados para la demarcación de las fronteras entre la Francia y la España; al cabo de largas negociaciones, se firmó en Bayona, el 2 de diciembre de 1856, un tratado que puso fin á dificultades pendientes hacia siglos. Por último, el 6 de mayo de 1857, el baron Gros fué encargado de la misión que acaba de cumplir en la China con el título de comisario extraordinario y con credenciales de embajador.

De acuerdo con lord Elgin, enviado inglés, fué encargado especialmente enc



EL BARON GROS, EMBAJADOR DE FRANCIA EN LA CHINA.

de obtener satisfacción del asesinato de un misionero francés, M. Chapdeleine, asesinato cometido en 1856. Por esto se ha pedido una indemnización añadida á la de los gastos de la guerra.

**[El tratado chino.**

En nuestro último número prometimos á nuestros lectores una representación exacta de las ceremonias del tratado concluido con la China, y cumpliendo nuestra promesa publicamos hoy tres láminas, copia de los dibujos traídos de Tientsing á Francia por M. G. de B. Nada más auténtico pues que estos grabados. Para su explicación continuamos la correspondencia del *Monitor* que dejamos interrumpida en el número precedente.

A su llegada al patio interior de la pagoda, el baron Gros fué recibido y saludado obsequiosamente por los dos altos comisarios de la dinastía Ta-Tsing, rodeados de una multitud de mandarines de globulillos azules, blancos y de todos colores. Despues de haberse sentado y tomado el té, dirigiéronse mútuas felicitaciones con motivo de la paz y de la buena inteligencia tan felizmente restablecidas. El embajador invitó á los comisarios imperiales á que firmasen los primeros en el texto chino, reservándose firmar el primero en el texto francés. Kouei-Liang y Houa-chana tomaron su pincelito y dibujaron sucesivamente en los diversos ejemplares



EXPEDICION DE CHINA. — LLEGADA DE LOS COMISARIOS IMPERIALES CHINOS Á TIENT-SING.

HOUA-CHANA á caballo.

KOUEI-LIANG en palanquin.



PRELIMINARES DE LA REUNION DEL 27 DE JUNIO DE 1858 PARA LA REDACCION DEL TRATADO ENTRE LA CHINA Y LA FRANCIA.

del tratado los caracteres que forman su firma. Pi-hen, su secretario, que ha representado un papel activo en las conferencias, tenia en sus manos e imprimió en el tratado el gran sello recientemente llegado de Pekin.

Cuando el baron Gros puso á su vez y el primero su firma en el tratado francés, las tropas que se hallaban formadas en columna cerrada en los patios de la pagoda, presentaron las armas e hicieron resonar el grito tres

veces repetido de *Viva el emperador!* Su Excelencia propuso en seguida á Kouei-Liang que eligiese uno de los dos ejemplares que debe ser enviado á Pekin, y se lo presentó despues de haberlo cubierto en un rico es-



Los agregados á la mision francesa.

Hua-Cha-Na, 2º comisario chino.

El baron Gros, plenipotenciario francés.

M. Duchesne-Bellecour, 1º secretario de la embajada.

LA FIRMA DEL TRATADO.

Kuei-Liang, 1º comisario chino.

El almirante Rigault de Genouilly.

Oficiales franceses presentes á la firma.

RODEFROY DUA

tuche de seda azul, bordado de oro, traído de París. Volviéndose entonces el baron Gros hacia los comisarios, les expresó los votos que hacia por la prosperidad de la China, y bebió á la salud del emperador Hien-Foung, á cuya atención contestaron los dos altos dignatarios con algunas palabras corteses para el embajador, y mandando llenar sus copas de un vino chino, tibio y azucarado, lo bebieron á la salud del soberano del gran imperio de Francia; y para probar que habian apurado hasta la última gota, volvieron las copas hacia abajo. Luego se sirvió el té, frutas y toda una comida china dispuesta para esta circunstancia. Terminado el convite el baron Gros se despidió de los dos altos comisarios, y la comitiva se puso en marcha en el mismo orden que habia llevado.

Al anochechar se encendieron numerosas antorchas, cuyos reflejos iluminaban las largas hileras de curiosos que llenaban las calles y se proyectaban sobre las aguas del Gran Canal y del Pei-ho. Las cañoneras y las tropas inglesas, formadas junto á los muelles, prorrumpieron en hurras repetidos; las cañoneras francesas despedían cohetes artificiales, y sus mástiles y cordajes aparecían en medio de una brillante iluminación. Los fuegos de Bengala, encendidos á la llegada del embajador al patio del yamoun, daban cierto realce á los pintorescos contornos de la arquitectura china, cuyos tejados y figuras fantásticas, ruinosas por la incuria de sus poseedores, parecían haber recibido nueva vida al contacto de la civilización del Occidente.

Olvidaba decir que despues de la firma del tratado, el embajador de Francia habia pedido á Kouei-Liang tuviera á bien darle el pincelito de que se habia servido para trazar su nombre en el tratado, y que Kouei-Liang manifestó, al entregárselo, el deseo de poseer á su vez una de las dos plumas con que habia firmado el embajador el tratado de Tien-tsing.

Desde este dia comienza una nueva era para la China. El grande y difícil problema de la apertura del Celeste Imperio queda resuelto. Saliendo de un aislamiento secular de cuatro mil años, entra en fin en el concierto del mundo, y se entrega á la actividad, á las luces, á la ciencia y al comercio de las naciones occidentales. De ahora en adelante la religion cristiana podrá ser practicada sin temor en todo el imperio, y nuestros misioneros estarán libres de incesantes persecuciones.

### La casa de don Pedro Calderon.

Hace veinte y cinco años que en el mismo dia del aniversario de la muerte de CERVANTES (23 de abril de 1833) y con motivo de hallarse en estado de demolición la casa en que habitó y murió, en la calle del Leon, esquina á la de Francos, tuve la buena inspiración de escribir y publicar en la REVISTA ESPAÑOLA de aquel dia el artículo de costumbres titulado *La Casa de Cervantes*, que despues formó parte de la coleccion de mis *Escenas Matritenses*. Por fortuna singular, aquel modesto desenfado de mi pluma, conforme habia de pasar desapercibido, hubo de caer en manos del rey Don Fernando VII, y del celoso é ilustrado comisario general de Cruzada don Manuel Fernandez Varela, que haciendo recaer aquella misma noche la conversacion sobre el asunto, en el despacho de S. M. (presente el reciente ministro de fomento, conde de Ofalia) quedó encargado de hacer proposiciones al dueño de la referida casa, para que, adquiriéndola el gobierno, se reedificase y destinase á algun establecimiento literario, que era lo mismo que yo proponia en mi artículo.

Pero á pesar de las vivas diligencias hechas al efecto por el mismo señor Varela y el corregidor Barrafon (á que me hicieron el honor de asociarme) no pudo obtenerse la avenencia del dueño, y en su consecuencia, S. M. (que dicho sea en honor de su memoria) tomó el mas vivo y espontáneo interés en el asunto, mandó expedir y publicar en la GACETA una notable real orden resolviendo que en la referida casa, y en el paraje que pareciera mas á propósito, se colocase el busto de Miguel de Cervantes, de que estaba encargado don Esteban de Agreda, director de la real academia de San Fernando, con una lápida de mármol y la correspondiente inscripcion en letras de bronce.

En consecuencia de esta real orden, y verificada la reedificación de dicha casa, se colocó sobre la nueva puerta de ella que da á la antigua calle de Francos, un medallón de mármol de Carrara que representa la imagen de Cervantes en alto relieve, sobre un cuadrilongo de piedra berroqueña, adornado con trofeos poéticos, militares y de cautividad, y debajo una lápida de mármol de Granada con esta inscripcion: *Aquí vivió y murió Miguel de Cervantes Saavedra, cuyo ingenio admira al mundo. Falleció en MDCCXVI, teniendo lugar la manifestación al público de este sencillo monumento el dia 13 de junio de 1834, y dándose el nombre de Cervantes á la conocida hasta entonces por la calle de Francos.*

La sencilla exposicion de un hecho que honra y enaltece la memoria del difunto rey no parecerá inoportuna ni pedantesca cuando exprese el motivo análogo que pone hoy la pluma en mis manos para reproducirla, á fin de llamar de nuevo la atención del gobierno, de la municipalidad y del público, con tan feliz resultado como en la ocasion referida.

Este motivo actual es el de hallarse hoy próxima á desaparecer y en estado de demolición, aunque no completa, la casa en que habitó muchos años, y en la cual

falleció el dia 23 de mayo de 1684 el insigne ingenio madrileño don Pedro Calderon de la Barca.

*Mantua urbe natus, mundi orbe notus.*

Y ya que hasta ahora fueron infructuosas las indicaciones que hice en diferentes ocasiones y obrillas para llamar sobre este punto la atención del ayuntamiento y del gobierno, mi conciencia de buen patricio y de entusiasta por nuestras glorias literarias, no me permite dejar de hacerlo por última vez en los momentos en que está próximo á desaparecer este precioso recuerdo de uno de nuestros primeros ingenios.

Dicha casita es la que en la calle de las Platerias (hoy calle Mayor), está señalada con el núm. 93 nuevo y 4 antiguo de la manzana 173, la cual perteneció y pertenece todavía al patronato real de legos que en la capilla de San José de la iglesia parroquial de San Salvador (hoy demolida), fundó doña Inés Riaño, mujer que fué de Andrés Henas; cuyo patronato y capellanía poseyó en vida don Pedro Calderon, á título de descendiente de los fundadores, por su madre doña Ana María de Henas y Riaño, hija también de Madrid.

Este material recuerdo del gran Calderon es también por su misma exigüidad un testimonio fehaciente de su singular modestia y abnegacion. Baste decir para probarlas, que dicha casita, seguramente impropia para servir de morada á aquel grande ingenio, asombro de la corte y encanto del orbe literario, no tiene mas que ochocientos cincuenta piés de superficie y diez y siete y medio de fachada, con un solo balcon en cada uno de sus pisos.

En el principal (que aun existe íntegro y con igual distribución interior) vivió y murió Calderon; y al contemplar al famoso genio de su siglo, al octogenario capellan de honor, al noble caballero del hábito de Santiago, al ídolo, en fin, de la corte y de la villa, penetrando en aquel mezquino portal, subiendo los empinados tramos de aquella oscura escalera, y cobijándose en el reducido espacio de aquella humilde habitacion, en que exhaló el último suspiro, no puede prescindirse de un sentimiento de profunda admiración y de respeto hácia tanta modestia de parte del genio inmortal que lanzaba desde allí los rayos de su inteligencia sobre el mundo civilizado.

Pues bien; esta preciosa reliquia de tan alto precio, mas subido aun por su misma humildad, se halla próxima á desaparecer de nuestra vista y tal vez á incorporarse y confundirse con las casas inmediatas, ya demolidas; habiendo entrado también en ella la implacable piqueta, para consumir la obra de destruccion que el tiempo comenzó.

Es pues llegado el momento de dar la voz de alerta al gobierno, á la municipalidad y al público madrileño, para que no se realice, por desapercibido, este sensible caso; para que, sin perder momento, y poniéndose de acuerdo con el poseedor de dicha casa y patronato (que por fortuna creo sea una persona ilustrada y de elevada posición social) se vea el modo de conservar en lo posible en la reedificación que haya de hacerse, todo lo mas de dicha casa en su planta actual, colocándose al mismo tiempo en su fachada un sencillo monumento, semejante al ya citado de Cervantes que, llamando las miradas del público y del forastero que visite nuestra corte, les demuestre que el gobierno actual y la actual generacion, aunque embriagados con el ambiente, y entregados al ardor de las luchas políticas, no son menos sensibles al recuerdo de las glorias literarias del país, que el rey Don Fernando VII y su gobierno, que mandaron levantar la estatua de Cervantes y colocar su retrato en la casa en que falleció.

RAMON DE MESONERO ROMANOS.

### El bengali.

#### LEYENDA CHINA.

Al declinar de la tarde  
Cuando el sol tibio escondia  
Su último expirante rayo  
Por los bosques de las Indias,  
Allí, oculto entre las ramas  
Y halagado por la brisa,  
Cantaba el tierno bengali  
Dulces canciones divinas.  
Los canoros ruiseñores  
Al oírle enmudecian;  
Las pintadas mariposas  
Por sus ayes conmovidas,  
Sobre las flores posadas  
Sus tiernas alas batian;  
Y las delicadas flores  
Daban su esencia y su vida  
Por escuchar del bengali  
La celestial armonia;  
Y cuando desde las nubes  
Las viajeras golondrinas  
Del melodioso cantor  
Los dulces trinos oían,  
Olvidando su viaje

Y hasta su patria querida,  
Como flechas desde el cielo  
A la tierra descendian.  
El bengali amó á una rosa  
Que apenas contaba un día,  
Blanca como las espumas  
Que el manso arroyuelo riza;  
Pura como la azucena,  
Y como pura divina.

Todos sus cantos á ella  
El bengali dirigia,  
Ya bulliciosos y alegres  
Como ilusiones queridas,  
Ya tristes y melancólicos  
Como cuando el sol expira.  
Mas viendo que ni los ayes  
Ni suspiros conmovian  
A aquella flor adorada  
Que muda á su voz yacia,  
Tímida el ave le dijo  
Desde una planta vecina:  
«A miles flores conozco  
De hermosura singular,  
Unas, como el cielo azules,  
Otras, rojas cual coral;  
Flores que á orillas del rio  
Lozanas se ven brotar,  
Y que las sirve de espejo  
Aquel líquido cristal;  
Otras que en espeso bosque  
Van sus hojas á ocultar;  
Otras que crecen mecidas  
A impulsos del huracan;  
Otras que viven hermosas  
En las orillas del mar,  
Y que al marino que parte  
Dulces aromas le dan.  
Mas ¡ay! la flor perfumada,  
La roja como el coral,  
Las que viven en los rios,  
Las que habitan junto al mar,  
La tímida y la coqueta  
Que amor por do quiera da,  
No son como tú tan bellas,  
Ni pueden nunca igualar  
Tu perfume y tu pureza,  
Tu hermosura y castidad.  
Amame, que sin tu amor  
El bengali morirá.»

«Pero... ¿y tus alas? (temblando  
La casta amante añadió).  
El ave vuela, bengali,  
Mas ¡ay! no vuela la flor.  
Tú, cuando beses mi cáliz,  
Olvidarás tu pasión,  
Dejándome abandonada  
Entre el desden y el dolor.»  
«Para un corazón que ama  
Cual ama mi corazón,  
El amor no tiene alas.»  
Dijo el ave y suspiró.

Y aquel amante suspiro  
En la rosa penetró,  
Y su divina corola  
Para el bengali se abrió.

Llegó la noche: multitud de estrellas  
La esfera de los mundos alumbró,  
Y en el silencio presenciaron ellas  
Los amores del ave y de la flor.

El aura en torno de la inquieta rosa  
Sus pétalos meció,  
Y ella encantada y como nunca hermosa  
Estrechaba en su cáliz al cantor.

Mas ¡ay! la aurora del siguiente dia  
Sus luces esparció,  
Y ya la flor marchita consumia  
El postrer bien de amor.

«Genios del aire (exclamó el bengali),  
Privadme para siempre de mi voz,  
Con tal que mi querida rosa blanca  
Vea aun mañana despuntar el sol.»

«¡Oh, no, no! (murmuró la flor muriente)  
Vive tú para amar:  
Me adoraste, bengali, y fui dichosa.  
¡Cuántas sin este goce morirán!

Vive... vive feliz; tu voz hermosa  
Dentro de poco encantaré á otra flor.  
Adios, bengali;» y la tierna rosa  
Expiró murmurando: «adios... adios.»

Ha dos mil años que la rosa ha muerto ;  
El bengali jamás ha vuelto á amar ;  
Su corazón no es ya mas que un recuerdo,  
Un gemido su voz es nada más.

### En el album

DE LA SEÑORITA DOÑA VICTORIA DE B...

#### AMOR.

La aurora se despertaba,  
Se abría una casta Rosa,  
Y una alegre mariposa  
Giraba á su alrededor.  
Si preguntas á la rosa  
Que abre sus hojas naciendo,  
«Dime, flor, ¿qué es lo que sientes?»  
Te respondería : — Amor.

Si á la sonrosada aurora,  
Dulce cariño del día,  
Preguntaras qué sentía  
En su inocente rubor:  
Ella, si hablarte pudiera,  
Timida contestaría  
Que el rubor que la encendía  
Era una llama de amor.

Si á la mariposa incierta  
Que ligera y silenciosa  
Bebe su bien en la rosa  
Y halla su vida en la flor  
Le preguntaras : «¿Por qué  
Vuelas incierta y convulsa?»  
Respondería : — Me impulsa  
Un pensamiento de amor.

Ahora bien ; yo que en tí admiro  
El rubor con que la aurora  
Su blanca frente colora,  
Y la beldad de la flor ;  
Yo, que de la mariposa  
Veo el retrato en tu mente,  
Diría que tu alma siente  
Todo el fuego del amor.

Mas repara que ese fuego  
A la aurora desvanece ;  
Que con él la flor perece,  
Perdiendo esencia y color ;  
Que la alegre mariposa  
En la luz que le convida  
Pierde inocente la vida,  
Victimas todas de amor.

Tu, mariposa hechicera,  
Aurora de un bien futuro,  
Rosa de botón tan puro  
Como lo es el del candor ;  
No te olvides de ese fuego  
Que en torno tuyo se anida,  
Intenso, quita la vida ;  
Moderado... es puro amor.

#### El llanto de la aurora.

Llora la aurora al despuntar el día,  
Y su llanto es la vida de las flores,  
Que esparciendo en el aire sus olores,  
Le dan en cambio aromas y ambrosía.

El llanto puro y sin dolor vertido  
Por hacer algún bien, tarde ó temprano  
Dios nos lo vuelve en bienes convertido.

JOSÉ C. BRUNA.

#### A JULIA.

¿Recuerdas, Julia mía,  
Aquella tarde hermosa  
En que por vez primera te veía?  
¡Oh tarde venturosa!  
El sol ya hacía el poniente trasponía.

Mil nubes plateadas  
Cual espejos brillantes relucían,  
Y al poniente agrupadas  
Gozosas recogían  
Las bellas crenchas rubias y abrasadas.

El cielo era sereno,  
El campo verde á trechos matizado  
Ostentábase ameno,  
Y de ambrosía lleno  
Estaba el puro ambiente embalsamado.

Los arroyuelos mansos  
En culebras de plata desatados  
Formaban mil remansos,  
Para que en los descansos  
Vieras, Julia, tus labios retratados.

Las cabrillas triscando  
Iban contentas todas ; su balido  
A los aires lanzando,  
Y el ave iba cantando  
Alegre y bulliciosa hácia su nido.

¡Cuán bello, Julia mía,  
Era á mis ojos todo ! El puro cielo  
Mas azul parecía,  
Y mi alma creía  
Que era mas verde el tapizado suelo.

Gozoso respiraba  
Las tibias áuras de la tarde hermosa ;  
Y cuando murmuraba,  
A mí se me antojaba  
Que mas el áura entonces era armoniosa.

¿Recuerdas, Julia mía,  
Aquellas noches plácidas, serenas,  
De luna y de ambrosía,  
De gozo y de alegría,  
De puro amor y sentimiento llenas ?

El áura perfumaba  
Al dejar de la flor el tierno broche,  
El aire que aspiraba,  
Y á lo lejos sonaba  
El blando murmurar de hermosa noche.

Pendía del firmamento  
La luna como lámpara de plata ;  
Mas yo, en mi arrobamiento  
Y fijo el pensamiento  
En la luz que un mirar bello retrata,

Ni de la luna vía  
La luciente plateada faz hermosa,  
Ni á la brisa sentía  
Que en sus alas traía  
Del cáliz de la flor parte olorosa.

Y es que á mí parecía  
Tu semblante, mi Julia, mas hermoso  
Que el que luna lucía ;  
Y en tu aliento bebía  
Un sentimiento puro y candoroso.

Es que tu voz sonaba  
Mas grata á mis oídos y mas bella  
Que el canto que ensayaba  
El ave que trinaba  
Dirigiendo á su amor blanda querella.

Es que en tí, Julia, vía  
Mi porvenir, mi gloria, mi ventura ;  
Y en mi pecho sentía  
Que el amor ¡ ay ! corría  
A endulzar de mi vida la amargura.

Es que el alma doliente  
Y el corazón ya seco y angustiado  
Al ver, Julia, tu frente,  
Osténtase riente,  
Contento late de placer preñado.

¡Oh tardes venturosas!  
¡Cuán grabadas quedásteis en mi alma!  
¡Oh noches deliciosas!  
¡Qué tranquilas y hermosas  
Derramásteis en mí plácida calma!

Aquí dentro, en mi seno,  
Guardada os tengo gratitud que embarga ;  
Que me hicisteis ameno  
El de dolores lleno  
Triste camino de mi vida amarga.

FRANCISCO RODRIGUEZ GARCIA.

#### A PILAR

EN EL ALBUM DE RUPERTA.

Perdona, hermosa Ruperta,  
Si también canto á Pilar :  
Yo nunca dejo de entrar  
Cuando hallo franca una puerta.

Si flores digo sin tasa  
A Pilar, no se me arguya,  
Porque siendo hermana tuya  
Todo se queda en la casa.

Vástagos á fe preciosos  
Sois de una madre las dos :  
Madre que bendiga Dios  
Por dar frutos tan hermosos.

El que se quiera casar,  
¿Cómo en la elección acierta  
Entre Pilar y Ruperta,  
Entre Ruperta y Pilar?

¡Ah qué lucha !... ¡Vive Dios!  
Soy ambicioso y no lucho :  
Pues las dos me gustan mucho,  
Opto al punto por las dos.

Sé, Pilar, que son quimeras.  
Mas obro como avisado :  
¡Ay ! ¿quién no muere abrasado  
Al calor de tus ojeras?

¡Ojeras ! son en las bellas  
Su mas precioso florón,  
Ellas la hermosura son...  
¡Ay Dios ! ¡deliro por ellas!

Son en las flores, abrojos :  
Signos de un alma impaciente :  
Ellas son el alma ardiente  
Que se asoma por los ojos.

Son la muestra que el ardor  
Del alma al mundo declara :  
El termómetro en la cara  
De los grados del calor.

¿Por qué las pondero ? En suma,  
Con ojeras ó sin ellas  
Sois dos mujeres muy bellas,  
De lo cual da fe mi pluma.

Y si alguien llega á dudar  
Que mi opinión es incierta  
Entre Pilar y Ruperta,  
Entre Ruperta y Pilar,

Dénme á elegir, ¡vive Dios!  
Ya verán cómo no lucho ;  
Pues las dos me gustan mucho  
Opto al punto por las dos.

¡Qué sueños ! Las dos sois bellas  
Y soñando estoy en vano :  
Nunca ha podido mi mano  
Llegar hasta las estrellas.

TEODORO GUERRERO.

#### A ROSA.

Deja que el mundo en su delirio vano  
De dichas y placeres corra en pos :  
¿Qué nos importa su gozar insano  
Si el loco orgullo lo maldice Dios!

Deja que vague ansiosa de placeres  
La mísera y errante sociedad ;  
Pronto hallará terribles padeceres  
En pago de su ciega vanidad.

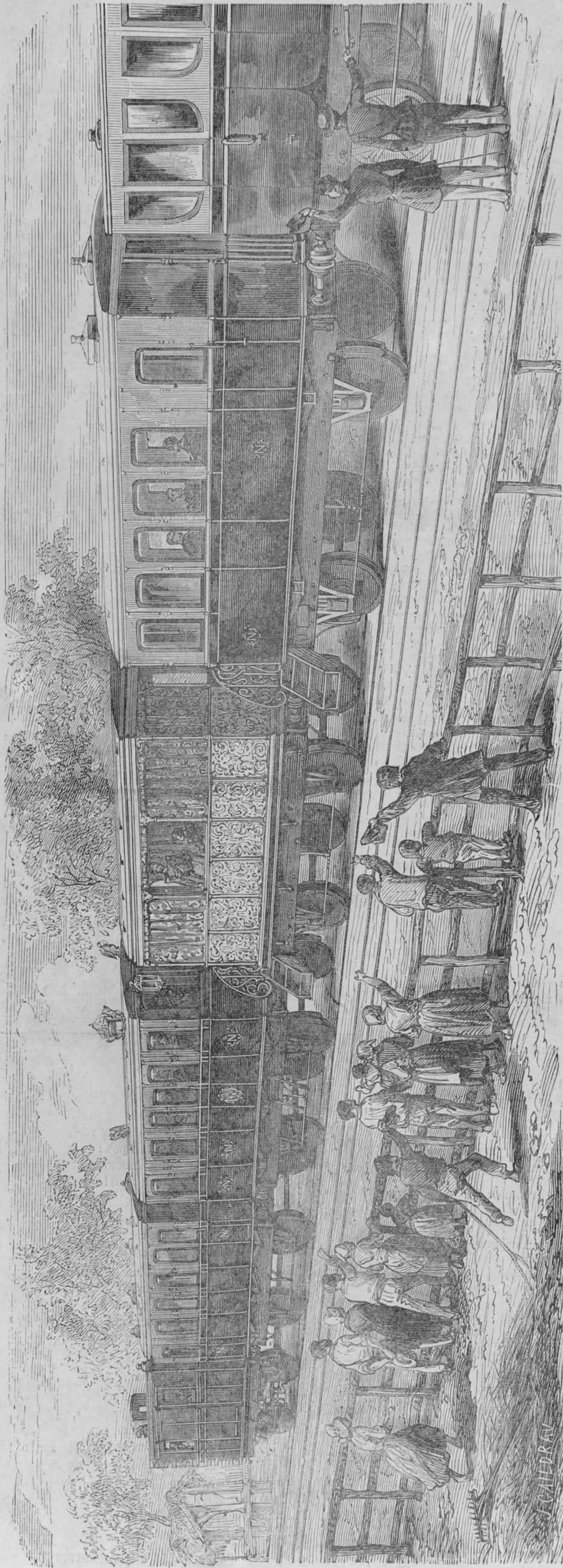
El hombre lleno de ansiedad y orgullo  
Estrecho el mundo encuentra á su ambición,  
Y del placer aduérmese al arrullo,  
Y anhela mas y mas su corazón.

Mas cuando cree apurar la dulce esencia  
Del placer lisonjero y del gozar,  
Acíbara su plácida existencia  
El fantasma terrible del pesar.

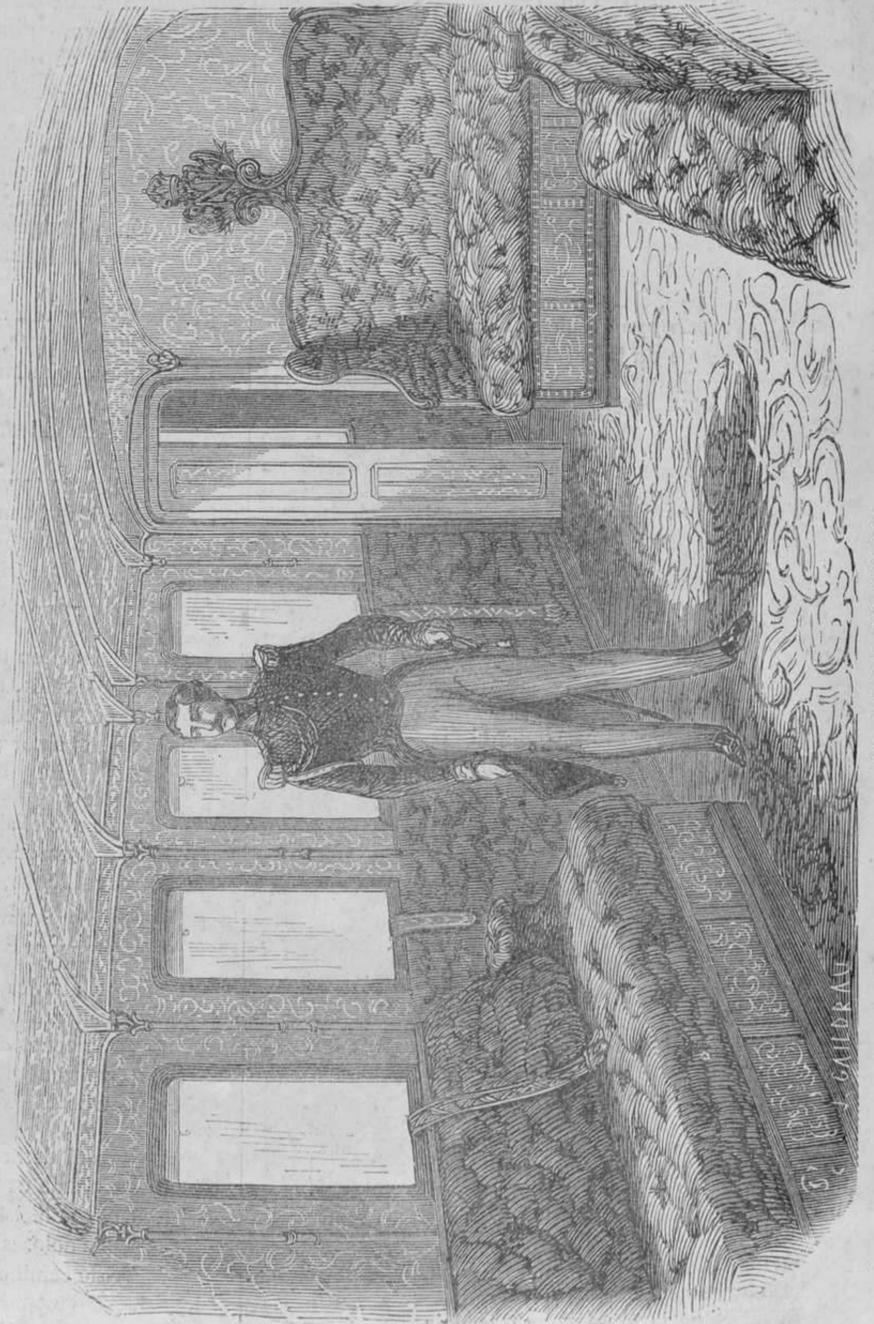
¡Corred, corred, fanáticos del mundo,  
Corred, corred, del torbellino en pos,  
Mas ¡ay ! temblad, porque en su polvo inmundo  
Os hará sucumbir la ira de Dios!

Yo anhelo paz, tranquilidad dichosa,  
Lejos del mundo y de su torpe afán ;  
Partamos, ven, y en soledad hermosa  
Felices nuestras vidas correrán.

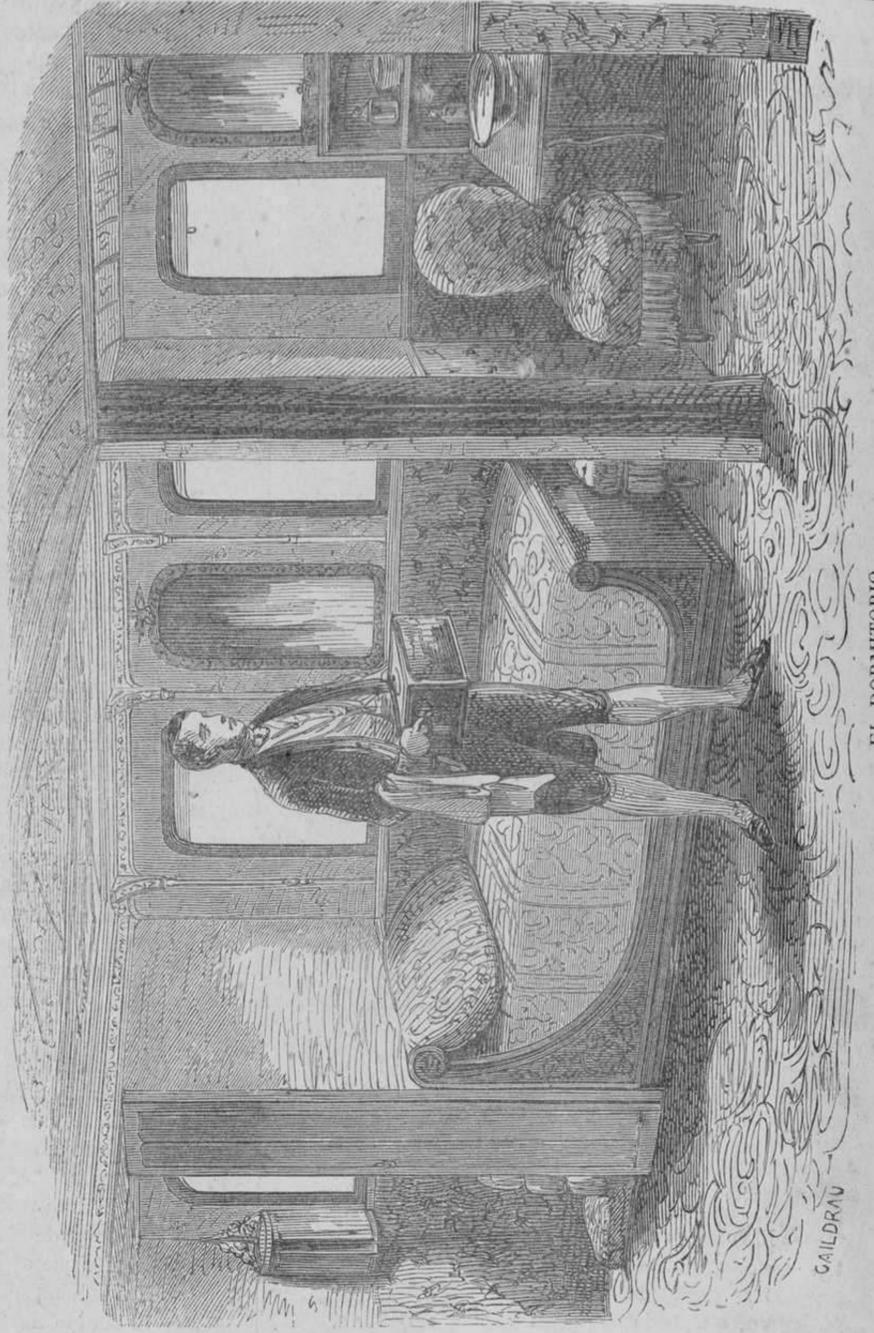
EDUARDO GALLUZZO Y MARTINEZ.



LOS WAGONES DE LOS TRENES IMPERIALES. — PLATAFORMA. COCHES DE LOS EDECANES Y COMEDOR.



EL SALON DE HONOR.



EL DORMITORIO.

J. CHERRAV

GAILDRAN

GAILDRAN

**El Gigante de los Alpes.**

A una legua de Grenoble se abre un estrecho desfiladero en la ramificación de los Alpes del Delfinado, que domina, en la orilla izquierda del Isère, el hermoso valle de Graisivaudan. En el fondo de esta garganta silvestre apenas hay sitio para el camino y el torrente entre dos montañas escarpadas y cubiertas de monte; en algunos trechos el camino está cortado á pico en la roca.

Nada mas imponente, mas pintoresco ni mas agradable á la vez que ese desfiladero que tiene casi una legua de largo. Cuando se sale de él, se entra en un ancho valle de unas tres leguas de largo, rodeado de cuevas, que elevándose en gradas sucesivas, forman á cada lado, pero sobre todo en Oriente, un inmenso anfiteatro embellecido por la magnificencia de una vegetación vigorosa. Al pié de este anfiteatro está el punto en que el desfiladero se ensancha y cambia de dirección para formar el bonito valle de Vaulnareys, y allí se eleva actualmente uno de los mas hermosos establecimientos termales que hay en Francia, el establecimiento de Uriage fundado en 1823 sobre las ruinas de construcciones romanas.

Este establecimiento, edificado mas abajo del castillo que le domina casi perpendicularmente, abrigado de los vientos del Norte y del Este por la montaña en cuya falda está situado, mira al Mediodía y da frente al valle de Vaulnareys, cuya vista abraza hasta las montañas que le terminan mas allá de Vizille.

En su origen, la casa de baños que existe aun, pero que desaparecerá en breve, constituía todo el establecimiento. En el dia, á consecuencia de los ensanches sucesivos que ha exigido la afluencia siempre creciente de los enfermos, el establecimiento encierra habitaciones para seiscientas personas, y se compone de cinco grandes cuerpos de construcción con dependencias menos importantes. Además se han levantado ya algunas posadas por el camino á una distancia mas ó menos larga, donde se suministra á los indigentes y á la clase poco acomodada de los bañistas habitación á bajo precio. Pero el establecimiento ofrece ya por sí recursos para todas las fortunas en las fondas secundarias que se hallan á corta distancia de los baños.

La proximidad de la ciudad, la facilidad de comunicaciones, el encanto de su posición, las bellezas variadas de sus paseos, las fiestas que se dan los domingos, la calma que se disfruta allí y el buen aire que se respira, hacen de Uriage un verdadero paraíso, al que acuden todos los años muchos viajeros en busca de algunos momentos de reposo, de distracción ó de placer, sin hablar de los enfer-



EL GIGANTE DE LOS ALPES.



VISTA DEL ESTABLECIMIENTO TERMAL DE URIAGE, TOMADA DEL PEDESTAL DEL GIGANTE DE LOS ALPES.

mos mas dichosos todavía porque encuentran la salud en sus aguas minerales.

Para que quede consignada aquí su poderosa eficacia en un crecido número de casos diversos, señalaremos á continuación algunas cifras mas elocuentes que todas las disertaciones. En 1828, año de la creación del establecimiento, se tomaron allí 5,095 baños; en 1847 se tomaron 26,241.

Una obra de arte de las mas curiosas y notables añade un nuevo atractivo á las aguas termales de Uriage; queremos hablar del *Gigante de los Alpes*, magnífica estatua de 5 metros de altura que M. de Saint-Ferriol, el inteligente poseedor de las aguas de Uriage, habia encargado á M. Sapey, escultor, á quien la ciudad de Grenoble debe ya la estatua de Championnet. Esta estatua, inaugurada hace unos diez años, está situada en su pedestal sobre una de las colinas mas risueñas del valle de Vaulnareys, á poca distancia del establecimiento.

La figura simbólica de los Alpes, bajo la forma de un anciano de frente calva y de larga barba flotante, tal es el asunto tratado por el artista. El anciano se halla sentado en una actitud contemplativa; tiene en la mano derecha un largo cetro de bronce, en cuya punta se ha puesto á descansar el águila, ave de los Alpes. A sus piés están el oso, el ganso y todos los atributos que caracterizan las comarcas alpestres.

« En esa postura, escribía un periódico local, esa figura parece dominar el resto de la creación, por su forma gigantesca y por la majestad de su vasta frente.

» El *Gigante de los Alpes*, añadía el mismo diario, no es de metal, ni de piedra, ni de yeso, sino de cemento y nada mas; generalmente se auguró mal de semejante empresa; todo el mundo se preguntaba cómo podría vaciarse en un molde tan vasto, tan complicado en detalles minuciosos, una materia que parecía prestarse difícilmente á tal operación. Gracias á los esfuerzos de M. Sapey y á la noble iniciativa de M. de Saint-Ferreol, el problema se halla hoy resuelto, y en cuanto á belleza y solidez, se han sobrepujado todas las previsiones.

» Por una feliz inspiración, el zócalo de la estatua ha sido hecho con la cal hidráulica de Sassenage. A las preciosas ventajas demostradas ya por una larga experiencia, el ensayo de M. Sapey nos hace añadir hoy que esa sustancia tiene tambien la notable propiedad de tomar el brillo y la suavidad del mejor mármol.»

La historia de los baños de Uriage es bastante curiosa; despues de haber estado en su apogeo en tiempo de los romanos, estos baños cesaron de existir y llegó á desaparecer hasta su recuerdo. Las obras del gran pueblo yacian en-

terradas en la tierra; solo quedaba la fuente que seguía corriendo sobre aquellos restos ignorados de los antiguos dominadores del mundo. ¿Cómo es que en la superficie de la tierra ninguna señal anunciaba su paso? Habían reinado en aquellos lugares siglos enteros; ¿cómo es que ningún recuerdo descubría allí su antigua presencia?

Sea como quiera, el manantial de Uriage se abría paso en la boca de un barranco. La corriente estrecha, destituida de todo socorro humano, obstruida por las arenas arrastradas por el cauce del arroyuelo que ocupa el fondo de ese barranco, se dispersaba en muchos caños y llegaba así dividida á la superficie de la tierra, donde se reunía en un pequeño charco al aire libre esparciendo á lo lejos su olor hidro-sulfúreo.

Desde tiempo inmemorial acudían allí anualmente los habitantes de la comarca para purgarse; tuvieron efecto muchas curas inesperadas, cundió la noticia de ellas, y en 1820, la administración mandó á su costa algunos enfermos pobres que sanaron. Entonces la marquesa de Gautheron echó las primeras bases de ese establecimiento termal que tomó despues tan gran desarrollo, y que parece llamado á un porvenir brillante.

X.

## LA REINA SIN NOMBRE,

CRÓNICA ESPAÑOLA DEL SIGLO VII.

POR DON JUAN EUGENIO HARZENBUSCH.

I.

En el año 686 de la era española, 648 contando desde el nacimiento de Cristo y el sétimo desde que, por abdicación del malogrado mancebo Tulga, reinaba el octogenario Flavio Quindasvinto en España, fueron llamados á Toledo, ya con una, ya con otra razon plausible, casi todos los duques y condes gobernadores de las provincias. Uno fué el duque de Froya, varon de excelsa cuna y esforzado caudillo, que gobernaba parte de la antigua provincia Cartaginense.

Celebró el anciano y sagaz monarca muchas y secretas conferencias con los duques y condes, reuniendo unas veces á varios en su pretorio, y avistándose otras veces solo con uno: el último de todos fué el duque de Froya.

En una espaciosa y rica estancia del pretorio con vistas al Tajo, se encerraron una tarde el soberano y el súbdito. Flavio guardó silencio por un breve rato y paseó lentamente la sala como quien se disponía para discurrir sobre un importante negocio: el gobernador se cruzó de brazos y siguió con la vista los movimientos del rey sin manifestar sorpresa ni ansiedad en el rostro, como quien sabía de qué iba á tratarse. Dirigióle una mirada el rey, conoció que los preámbulos eran inútiles, y tomando de una mesa un rollo de pergamino, diósele á Froya diciéndole sencillamente: lee esa carta y dime tu voto.

Desarrollóla el duque y leyó en alta voz:

« Al gloriosísimo señor nuestro rey Flavio Quindasvinto, su mínimo siervo el obispo de Zaragoza, Braulio, juntamente con los presbíteros, diáconos y fieles que Dios le encomienda, esto hace presente:

» Aquel en cuya mano posan los corazones de los reyes, aquel además lo gobierna todo, segun nuestra ley nos enseña. Siendo esto así, acaso el pensamiento que tratamos de sugeriros, será también una de las inspiraciones del cielo. Oid pues de buen talante, benigno príncipe, las súplicas que vuestros subordinados con leal intencion os dirigen solícitos; porque departiendo repetidas veces unos con otros, movidos por la esperanza y ahinco natural con que apetece cada hombre la tranquilidad de su vida, excusando peligrosos accidentes, recordamos las pasadas revueltas y paramos la atención en los grandes riesgos y conflictos, en las muchas tropelias hechas á mano armada que habíamos padecido. Y reflexionando maduramente, y viendo que suscitado vos por la bondad celeste, nos habiais librado de tamañas calamidades; apreciando en lo justo vuestras fatigas en el tiempo que habeis imperado; atendiendo al porvenir de la patria; dudosos entre la esperanza y el recelo, pero vencidos al cabo por la confianza, hemos resuelto pedirlos lo que consideramos como lo mas hacedero y conveniente hoy á vuestra quietud y á nuestras circunstancias, á saber: que durante vuestra vida y buena salud os deis por compañero, y á nosotros por rey y señor, á Recesvinto, vuestro hijo y súbdito, que se halla en la edad mas propia para sobrellevar las incomodidades de la guerra, ser nuestra defensa y vuestro descanso, acallar los clamores y destruir las asechanzas de los públicos enemigos, y asegurar á los vasallos leales una existencia libre de todo género de inquietudes. »

Mas contenía la carta, pero el soberano interrumpió aquí la lectura, diciendo á Froya:

— Eso me propone el prelado mas ilustre del reino por su santidad y su ciencia: los demás obispos siguen ó seguirán su dictámen: á él se inclina tambien gran parte de los gobernadores y próceres; dime tú sin rebozo qué te parece el proyecto.

— Mal, respondió secamente Froya.

— Sin embargo, siendo electiva la monarquía gótica, lo mismo puede ser nombrado rey el hijo del que reina que cualquiera otro varon de linaje ilustre. No son ya nuevas entre nosotros las sucesiones de padre á

hijo. Al gran Leovigildo sucedió su hijo el católico Recaredo.

— Pero se urdió contra él una conjuración de que se salvó por milagro.

— Muerto Recaredo, fué elegido en su lugar su primogénito Liuva.

— A los dos años le mató Viterico.

— Recaredo el segundo fué tambien exaltado al trono de su padre Sisebuto.

— Recaredo el segundo falleció á los tres meses de su coronación. A Suintila, que se asoció su hijo Recimiro, le depusimos y arrojamos de España; y al pobre Tulga, sucesor de su padre Chintila, bien sabes la suerte que le ha cabido. Le obligamos á renunciar, á encerrarse en un monasterio... y á morir.

— No se dejaría destronar tan fácilmente mi hijo. Tulga era una criatura endeble, y Recesvinto es muy hombre: no temo por él, pero todavía no me has dicho si tu oposición á mi proyecto nace de que te desagrada la persona ó el principio. ¿Te parece mal que el hijo suceda al padre, ó te desagrada Recesvinto para rey?

— Creo que no gobernará bien Recesvinto.

— ¿Porqué?

— Yo no acuso á nadie sino cara á cara: si quieres saber lo que pienso de tu hijo, mándale venir.

— Al momento.

Llegó el rey á una puerta con mas prontitud que era de esperar de un octogenario, y con régia voz, que retumbó por las altas bóvedas, llamó á los esclavos para que avisaran al príncipe. Un instante despues se presentó en la sala el régio candidato. Entrado ya en la edad varonil conservaba aun la lozanía de la juventud mas floreciente: su rostro, menos regular y majestuoso que el de su padre, tenia cierta expresion de noble dulzura que cautivaba: su estatura era alta, sus ademanes naturalmente medidos, la robustez del cuerpo mediana. Al lado del atlético Froya y del venerable Quindasvinto, su hijo lucía poco; y á pesar de esto, naturalmente se inclinaba uno á él: inspiraba el gobernador repugnancia, el monarca susto, el príncipe amor.

— Froya va á acusarte, prorrumpió el anciano clavando su mirada de lince en su hijo y sentándose briosamente en una silla: oye y responde.

— Diga Froya pues, respondió pacíficamente Recesvinto, colocándose enfrente de su padre.

— Dime primero tú, replicó el duque poniéndose á la derecha del rey, lo que te propones hacer si empuñas el cetro.

— En el momento que yo reine, los privilegios injustos de nuestra raza dejarán de existir. Los godos nuestros antecesores conquistaron la España, se apropiaron dos terceras partes del territorio y dejaron una sola para los naturales: apartáronlos de los cargos militares, eclesiásticos y civiles, y los cerraron para siempre la puerta á los honores, prohibiendo con rigorosas penas que pudiera casarse godo con española ni española con godo. Este afán de mantener aislados al pueblo vencedor y al vencido, pudo ser justo en su origen, y aun indispensable, porque existía entre ambos entonces el muro de separación mas fuerte, la diferencia de fe: los godos eran arrianos y los españoles católicos. Pero desde que Recaredo entronizó el catolicismo en todo su reino, desde que la raza señora se hizo por el vínculo de la religion hermana de la raza sometida, ¿qué razon hay para que siga el apartamiento entre los que por todas las consideraciones de sana política están llamados á unirse? Yo creo que en el estado en que hoy se hallan las provincias de España no será buen rey aquel que no se proponga cimentar la futura grandeza y prosperidad de la península levantando del suelo á la raza española, devolviéndole su libertad ingénita y formando de dos pueblos uno. La primera ley que dictaré, si reino, será la que permita los enlaces entre las dos naciones.

— ¡Cómo! exclamó el rey, acaso con mas admiración que disgusto.

— Ya lo oyes, repuso Froya: tu hijo no quiere que haya distinción de clases en España: no quiere que gocemos nosotros la herencia que ganó el valor de nuestros mayores y nuestro valor nos ha conservado: quiere que nuestra noble sangre, hasta ahora pura, se contamine y pierda su brio, revolviéndose con la sangre bastarda de los españoles, mezcla vil de la ibérica, céltica, fenicia, griega, cartaginesa y romana; con la sangre de esos hombres turbulentos y cobardes, incapaces de una idea de union, de un pensamiento fijo, y que por no saber tolerarse á sí propios, están destinados á arrastrar las cadenas de todos los conquistadores que se las traigan. Yo soy godo, y quiero que lo sean mis hijos y mis nietos, porque sé lo que vale mi noble raza que puso el pié sobre la cerviz de la altiva Roma: yo quiero que los españoles sean esclavos, porque solo sirven para eso, porque no han sabido nunca ser libres: tú que pretendes confundir lo que por el comun provecho debe estar separado, nunca tendrás mi voto para ceñir la corona de Quindasvinto.

— Doscientos años, contestó friamente el príncipe, necesitó Roma para terminar la conquista de España: ¿le parece á Froya cobarde una nación capaz de tan porfiada resistencia? Nuestros abuelos eran arrianos, y nosotros profesamos el culto católico: ¿le parece á Froya que no es capaz de un pensamiento fijo el pueblo que, aun permaneciendo en la servidumbre, consigue imponer su religion al pueblo que le manda? Si los españoles valian poco al tiempo que nuestros ante-

pasados invadieron su tierra, culpa fué de los romanos, indignos y de llevar tan ínclito nombre. Si ahora los españoles no valen mas, créeme, Froya, es porque nosotros no los permitimos ser nada. Aun así los ingenios superiores que entre ellos se crían, se refugian instintivamente en torno de las aras: desde allí su saber y sus virtudes los elevan á las cátedras episcopales, y de estas nos vemos precisados á traerlos al consejo del príncipe. Los españoles se nos entran en el palacio por la puerta del templo: franquémosles tambien las del valor y de la virtud. ¡Si tú, Froya, hubieses penetrado como yo en el hogar doméstico de los españoles; si hubieras visto, como yo, cuán elevadas prendas atesoran muchos individuos de la raza que tú calumnias!...

— Tú te figuras en cada español ver una copia de tu Floriana.

Violenta impresion produjo aquel nombre en el semblante del soberano y del pretendiente á la soberanía.

— ¿Quién es esa mujer? preguntó el rey balbuciente de ira y con los ojos hechos centellas. ¿Quién es esa mujer? replicó levantándose, viendo que su hijo, inmóvil y confuso, no acertaba á contestarle. Froya, erguida la cabeza en ademán de triunfo, contemplaba alternativamente al padre y al hijo, pronto á descubrir del todo el misterio que habian dejado traslucir aquellas maliciosas palabras. Recesvinto dijo por fin despues de unos momentos de agitacion y duda:

— Floriana es mi esposa.

— ¡Una española! ¡El hijo del monarca dando el ejemplo de desobediencia á las leyes!

— Cuando Recesvinto conoció á esa jóven, repuso Froya, no eras tú nuestro rey todavía.

— De todas maneras...

— De todas maneras, el amor de Recesvinto á su esposa es la causa única, es el solo móvil que le induce á desear una revolucion que trastorne el estado. Por eso y porque no quiero que la monarquía gótica, que fué y debe ser electiva, degeneren en hereditaria, me opongo á la eleccion de tu hijo. No cuentes con mi voto, aunque presumo que por desgracia no te será muy necesario.

El altanero duque hizo al rey un acatamiento casi imperceptible y se retiró. El príncipe y el rey quedaron por un buen espacio de tiempo sin saber qué decirse.

II.

Como unos siete años antes, en el tiempo en que se hizo el primer movimiento de rebelion contra Tulga, los capitanes fieles al jóven monarca persiguieron tan hábil y constantemente á los amotinados, que por entonces les fué forzoso separarse y renunciar á la empresa mientras no se presentara mejor coyuntura. Hallábase á la sazón Recesvinto de órden de su padre en los confines de la Celtiberia, y habiendo pasado á vista de Opta disfrazado y solo, sin entrar en la poblacion, receloso de ser conocido, tomó una senda que guiaba hácia unos valles situados á cinco ó seis millas de la ciudad y al Oriente de ella, donde creyó que podría permanecer oculto hasta que recibiese de Quindasvinto encargo para moverse. La espesura y soledad de aquellos valles y lo que se contaba en particular de uno, le hacian creer que no podría ofrecerse mas acomodado asilo para un reo de estado. Subiendo pues y bajando cerros por aquella quebradísima tierra, llegó por fin á una poblada de encinas, en cuya altura cesaba toda especie de camino: desde la pendiente opuesta principiaba un profundo y estrecho valle que, haciendo recodo á cada lado, continuaba luego, ya con mas, ya con menos anchura, ofreciendo en su centro llanas y floridas praderas cortadas á cada paso por grupos de árboles agigantados, entre los cuales serpenteaban dos arroyos de no despreciable caudal que se unian en medio del llano: el uno bajaba de los cerros del Sur, el otro nacia en la misma pradera, y ambos recogian los muchos manantiales que desde las alturas iban á precipitarse en el fondo de la vega. Cerros escarpados y á trechos vestidos de impenetrable maleza defendian por doquier la entrada del valle, sirviéndole de impenetrable muro; y allí donde entre uno y otro quedaba abierto un angosto portillo, las peñas que habian rodado de la cumbre, las ásperas y punzantes zarzas, cuyos vástagos nunca encantados por el hierro, habian adquirido una elevacion y grueso prodigioso, y principalmente la inseguridad del suelo, impedían la entrada al mas temerario viajante. Porque los diversos hilos de agua que brotaban entre los riscos de las laderas, encontrando mil obstáculos á su curso en las desigualdades del terreno, filtrábanse invisibles por él y formaban abajo extensos tremedales ó charcos cubiertos de bellísimo y engañoso verde, praderas nadantes donde se sepultaba el incauto que ponía el pié en su movible superficie. Sobre ella descollaban peñas enormes anegadas por su base, y árboles corpulentos, que desarraigados por el curso incesante de las aguas, habian caído en ellas, y elevando en el fangoso suelo sus ramas, se habian convertido en raíces allí, y habian producido nuevos retoños. Las dificultades que se presentaban para introducirse en aquel recinto, vedado al parecer á la planta humana; la hermosura de la porcion de vega que podia descubrirse desde uno ú otro punto, y la noticia de que en lo mas intrincado de su seno habitaban criaturas felicísimas, ajenas de cuanto pasaba en el mundo, habian dado ocasion á que

todos los pueblos de la redonda tuvieran el sitio por sagrado y lo designasen con el nombre de *Valle del Paraíso* (1).

Delante de uno de los portillos ó gargantas del valle se encontró Recesvinto, y acosado por un irresistible deseo, resolvió penetrar adentro á toda costa. Apeóse del caballo que estaba enseñado á seguirle; rodeóle las riendas al cuello, y apoyado en la lanza comenzó á sonreír el terreno por todos lados para descubrir por dónde podría caminar sin peligro. Saltando de roca en roca y de ellas tal vez á un árbol caído que prestaba el ca y de ellas tal vez á un árbol caído que prestaba el servicio de puente; abriéndose paso con la espada entre los matorrales, y metiéndose sin reparo por las tierras inundadas cuando el agua era poca y el fondo firme, llegó á un paraje donde un peñón altísimo, liso, sin grietas, cóncavo por la parte inferior y saliente por arriba en figura de labio de ánfora, cerraba absolutamente el camino: un cenagal profundo que se extendía delante de él, le servía de foso. Para acercarse á aquella pared, construida por la naturaleza, no había mas punto de apoyo que una piedra cilíndrica, de unos dos pies de grueso, á manera de columna millaria, que se alzaba sobre la verde superficie del foso.

Por uno de aquellos caprichos que no tienen mas fundamento que la intensidad con que se desea una cosa, brincó ágilmente Recesvinto y colocóse encima del estrecho vértice de la columna, con lo cual nada adelantaba para escalar el peñasco; antes aquella inconsiderada resolución le puso en el mas grave peligro: la columna, cargada con el peso de un hombre, comenzó á bajar hundiéndose lentamente en el cieno. Quiso Recesvinto volver á saltar hácia la orilla haciendo como antes hincapié en la lanza; pero la lanza se le hundió también y húbola de soltar para no caerse tras ella. Imposible parecía salir del atoladero sino por milagro, cuando desde lo alto del peñón inaccesible descendió suavemente una escala de cuerdas sin que se viese de qué mano venía echada. Asíó del torcido cáñamo el apurado jóven tan alegre como atónito, subió ligero por las firmes travesías, y al llegar á la cima de la Peña, su pasmo rayó en lo inexplicable.

Tras el borde del peñasco, labrado á pico por la parte de adentro, á semejanza de pretil ó parapeto, de donde pendía la escalera enganchada en robustas argollas de hierro, sonó un grito infantil de sorpresa, y apareció en seguida una niña hermosísima, ó mas bien un ángel tutelar, encarnado bajo la cándida figura de una muchacha de nueve ó diez años, la cual echada de pechos sobre el pretil tendía cariñosamente los tiernos brazos á Recesvinto.

Maquinamente el jóven prófugo tomó la mano de la niña para trasponer el borde de la Peña: la agitación producida por el riesgo pasado y la aparición presente, le tuvieron mudo un momento, mientras la prodigiosa desconocida le decía con acento de inefable dulzura:

— Bien pensaba que era necesario facilitarte la entrada; por fin has venido.

— Dime por Dios quién eres, celestial criatura, prorumpió enajenado Recesvinto, mirando de hito en hito á su libertadora.

— Soy Floriana, respondió graciosamente la niña: vivo aquí con mi padre Fulgencio y con Laureano, Nebridio y Apicela, que son todos los que habitamos el valle.

— ¿Son esas las únicas personas que conoces?

— Conozco además al sacerdote Agavario; pero yo jamás he salido de aquí. Mi padre y el sacerdote me han dicho muchas veces que era preciso que Dios trajera para mí un compañero. Yo me hallaba hoy en este sitio reflexionando en eso; y como reparase en la escala de que se sirve Agavario cuando se marcha, yo no sé á dónde, me dije á mí misma: si mi compañero viene y no halla puesta la escala por el otro lado, no podrá subir: es necesario tenerla preparada. Inspiración fué seguramente del cielo: apenas la arrojé por encima del peñasco, cuando sentí que trepabas por ella. Tú eres sin duda el compañero que me está destinado.

— Tú sí que estabas destinada por él para salvarme la vida, repuso Recesvinto estrechándola en sus brazos, como se abraza á un niño.

— Ven á que te vea mi padre, ven pronto.

Asióle ella de una mano y él la siguió. Después de caminar largo trecho entre los árboles, cuya espesura era tal que se perdería en aquel laberinto mil veces el que no llevara guía, porque la frondosidad del ramaje se condensaba por parte en términos de no permitir que llegase al suelo un rayo de luz sino en los meses invernales, salieron á sitio mas despejado. Allí ya se echaba de ver la mano inteligente del hombre; por un lado se descubrían mieses, por otro viñedos, y árboles fructíferos casi por todos. En un reñedo asentaban unos cuantos vasos de colmena: una ligera columna de humo que se elevaba por los aires indicaba una habitación: indicábanla también numerosas bandadas de palomas que por allí revoloteaban. Todas estas cosas llamaban sucesivamente la atención de Recesvinto; pero era solo por un instante: lo que le ocupaba sin cesar los ojos y el espíritu era su encantadora guía.

La estatura y forma de la niña eran precoces para su edad: un candor del todo infantil, pero reunido á una gran claridad de ingenio y una gracia exquisita, daban á su conversacion un hechizo singularísimo, irresistible. La magia nativa de su lenguaje se realizaba con la expresión celeste de la fisonomía: el fuego de sus ojos negros se templaba con la paz de su tersa frente blan-

quísima, con el tierno rosicler de sus megillas virginales, con la figura indefinible de sus labios; parecía ageno de tan pocos años el negro tan subido de su luciente y poblada cabellera; pero el delicioso conjunto de sus facciones, menos regulares acaso que delicadas, y cuyo suave contorno era un óvalo lindísimo, restablecían la blanda armonía del todo: la hija del valle tal como brillaba á los ojos de Recesvinto era una niña hechicera próxima á ser una beldad.

Salía de la casa el anciano Fulgencio cuando su hija y el huésped llegaron á ella. Vió con sorpresa á un forastero en el valle, pero oyó con benignidad la relación de su entrada. Al repetir Floriana aquella expresión, «este es el compañero que Dios me envía;» sonriéndose apaciblemente el anciano, dió una mirada penetrante al jóven godo, y le abrió en seguida los brazos llamándole hijo.

En aquel valle, mansion de felicidad, pasó Recesvinto dos meses, los mas apacibles de su vida.

Fulgencio, español de origen, atropellado en su juventud por un general orgulloso, se habia retirado á aquel valle inculto, cuyo terreno le pertenecía. En él habia pasado largos años solo con un esclavo: una casualidad le hizo conocer mucho después á la virtuosa y bella Pomponia, con quien se unió al pié de los altares y vivió feliz algunos años: fruto de su casto seno fué la inocente Floriana. Al cumplir la hija el primer lustro, falleció la madre.

Conoció Recesvinto, durante su permanencia en el valle, lo que jamás antes hubiera creído posible, que un individuo de la clase villana ó plebeya, un español, ó como se decía entonces un romano, poseyese las luces y el valor que la clase vencedora consideraba como patrimonio suyo. Fulgencio, ocultando su estirpe, habia militado con gloria bajo las banderas de Recaredo. Conocida su cuna, le habia sido quitado con ignominia el cingulo de guerrero. Fulgencio leia y explicaba á César, á Virgilio y á san Isidoro: Floriana, enseñada por su padre, habia estudiado *las Geórgicas* y *los Varones ilustres*.

A los dos meses partió Recesvinto en su caballo, que habia sido recogido por un esclavo, ó mejor dicho, por un liberto de Fulgencio. En torno del bondadoso anciano no habia esclavos, sino hijos, amigos.

Al partir el godo, lloraron el español y la española. — Tú eres, sin duda, repetía Floriana, tú eres el compañero que me está destinado.

— Sí, ángel mio, exclamó Recesvinto, cediendo á un impulso desconocido, irresistible; yo lo soy, yo he de serlo: no sé cuándo volveré á verte, pero yo volveré. Esperame, y no desconfíes aunque tarde.

Partió. — Tardó. — Volvió.

El amor y el respeto á su padre le mandaban abandonar aquel asilo impropio de un guerrero. — Partió.

Quindavinto fué elevado al trono de España: las grandezas y los cuidados rodearon á su hijo: — Tardó.

Pero los cuidados de su gerarquía le abrumaban y las grandezas dejaban en su alma un vacío: — Volvió.

Floriana crecía en belleza, en ingenio, en virtud. Recesvinto repetía cada vez con mas frecuencia sus visitas al valle, alejándose de la corte, ya con uno, ya con otro pretexto. Comprendió que poco á poco habia ido brotando en su corazon un afecto que ya era una pasión vehemente: recordó la ley que le impedía recibir en su tálamo á una romana, recordó las obligaciones de príncipe, y quiso cumplirlas. El rey su padre le habia instado de continuo á que aceptase una esposa: Recesvinto, resuelto á vencer su flaqueza, cedió á los deseos del rey y entregó el anillo de los esponsales á la bella y orgullosa Teodosinda, hermana de Froya, con lo cual quedaba obligado, segun la ley, á casarse con ella dentro de dos años á mas tardar; bien que todavía era posible excusar el matrimonio, si convenian en ello ambos contrayentes. La comparacion entre Teodosinda y Floriana fué tan ventajosa á la hija del valle, que ella sola condujo al príncipe á pensar en lo que si no jamás se le hubiera seriamente ocurrido: ser esposa de la humilde española. Dejó pues transcurrir los dos años, provocando gravemente la ira de la ilustre desposada y de su familia, y pasado aquel término se encaminó al valle del Paraíso. No se puso antes de acuerdo con los deudos de Teodosinda para declarar disueltos los esponsales; pero el desvío que ambas familias se manifestaban desde que se empezó á notar frialdad en el príncipe, le autorizaba en cierto modo para omitir aquella formalidad: el rey parecia haber renunciado al proyecto, y Froya, por altanería ó por prudencia, no habia querido pedir cuentas al rey. El príncipe acudió al valle, como ya dije, y se casó secretamente con Floriana, sin revelar su gerarquía: para ella Recesvinto solo era un romano natural de Toledo: esto es lo que habia dicho á Fulgencio cuando por primera vez le recibió en su cabaña: el nombre con que se habia disfrazado era Eliodoro. Fulgencio no existía ya.

Todas estas cosas hubo de referir ó explicar Recesvinto á su padre después de la entrevista con Froya, que tan pernicioso fué para el príncipe. Flavio oyó á su hijo con la imperturbabilidad ceñuda de su carácter enérgico.

— Tú me encareces, le dijo al fin, las prendas de esa romana y aun las de todas: yo creo que no hay una de ellas que merezca ni aun ser la concubina de un godo.

— ¡Qué blasfemia, padre! Si conocieras á Floriana... ¡si tuvieras ocasión de conocer sus virtudes!...

— ¡Si esas virtudes se sujetaran á una prueba!...

— Hazla.

— Tú me desafías.

— Sí.

— Insensato, dijo el padre en el tono del que teme que le adivinen lo que piensa, retírate á tu cuarto y no salgas de él ni hables con nadie hasta que yo te lo permita.

Con esto se separaron por distintos lados el padre y el hijo.

## III.

Veinte dias después todo era confusión en el valle; sus desembocaderos habian sido franqueados con el azadon y el hacha: huéspedes turbulentos, soldados destructores habian desterrado de aquel recinto la antigua paz: las reses espantadas se habian refugiado entre los matorrales; las palomas torcaces que diariamente venian á recibir su alimento delante de la choza por mano de Floriana, habian huido para librarse del arco matador. Las entradas del valle estaban guardadas, y á los criados de Floriana se les habia prohibido salir de él, pena de la vida.

Floriana en tanto entraba recatadamente una noche en una humilde casita del arrabal de Toledo. Los soldados habian sido enviados al valle por el rey: Floriana habia salido de él por disposición del príncipe.

Cuando ponía el pié en el umbral de la estancia que iba á ocupar, Recesvinto penetraba en ella por la puerta de enfrente. Arrojáronse los enamorados consortes el uno en los brazos del otro: mil honestas caricias y lágrimas de júbilo expresaron mudamente lo que sentian en aquel primer momento. ¡Esposo mio! ¡Esposa mia! fueron las únicas palabras que pudieron decirse.

— Ya ves que me he sujetado á tus órdenes ciega- mente: me enviaste una carta mandándome venir á Toledo, y he venido: me ofreciste declararme aquí los motivos de esta resolución, y ya los espero. Muy poderosos deben ser, porque antes la idea de sacarme del valle te estremecía.

— Floriana mia, ármate de valor.  
— ¿Cómo me ha de faltar á tu lado?  
— Tengo que hacerte una confesion penosa.  
— ¿Vas á decirme que no me amas?  
— Esa no seria confesion, seria mentira.  
— Entonces nada importa cuanto me digas. Habla.  
— Mi padre vive, es muy poderoso, y yo me he casado contigo sin su noticia.  
— Mal hecho; pero á tu edad no necesitabas su licencia.

— Sí, la necesitaba, sí. El puesto de mi padre y el mio... En fin, él ha sabido mi matrimonio, me ha encarcelado y ha querido apoderarse de tu persona.

— ¿Tanto es el rigor, el poder de tu padre?  
— Tanto, que difícilmente he podido enviarte un mensajero que te hiciera salir del valle antes que los emisarios de mi padre penetraran en tu morada. Por eso te han conducido á Toledo por caminos extraviados; aquí estás mas segura que en otra parte, porque de cierto no te buscarán aquí.

— ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡qué peligros nos rodean! Sin embargo, dices bien, en ninguna parte estoy mejor que cerca de tí. Pero ¿porqué nos persigue tu padre? ¿porqué le irrita nuestro matrimonio?

— Tú eres española... y yo...

— Acaba...  
— Perdóname, bien mio, perdóname un engaño, hijo del amor. Cuando te ví por primera vez fué una precaucion necesaria encubrirme con un nombre supuesto: cuando te ofrecí la mano, temí que si te revelaba quién era, me rehusases la tuya.

— ¿Porqué? ¿Pues quién eres? Dímelo, di pronto.

— ¿Quién eres tú? ¿Quién es tu padre?  
Abrióse de golpe la puerta por donde habia entrado el príncipe, y apareció Flavio, con manto de púrpura y corona, trayendo de la mano á Teodosinda. Detrás venian Froya y algunos grandes, esclavas de Teodosinda y guardias de la real persona.

— El padre de tu ilegítimo esposo, dijo Flavio adelantándose majestuosamente en la sala, soy yo.

— Es el rey, dijo Froya con ronca voz.

— Es el rey, dijo Teodosinda con una sonrisa que hacia temblar.

— ¡Es el rey! exclamó aterrada la infeliz Floriana, y cayó de rodillas en el suelo, cubriéndose con las manos la cara.

— ¡Bien has cumplido mis órdenes! prosiguió Flavio dirigiéndose á su hijo: has pretendido ocultar de mis ojos á tu víctima, y has quebrantado el arresto en que te puse. Véte de aquí.

— ¡Señor! replicó el príncipe con una arrogancia que jamás se habia visto en él en presencia de su padre; yo necesito defender á mi...

(Se continuará.)

## Belle-Isle (Francia).

Belle-Isle, en las costas del Morbihan, la mayor de las islas de la Bretaña, es uno de los puntos mas interesantes y menos conocidos que se hallan en esos lugares. Situada á cuatro leguas de la punta de Quiberon, no siempre es abordable, de modo que sus relaciones con el continente se hallan á veces interrumpidas por el mal tiempo. Los viajeros retroceden ante la idea de visitarla por las dificultades de la travesía; pero el que se atreve á emprenderla no tiene por qué arrepentirse.

(1) Mucho ha variado este sitio desde entonces acá; pero hace mil años seria otra cosa.

Hasta Auray ninguna dificultad; la época mas favorable para ir es la del 26 de julio, porque entonces tiene lugar la romería de Nuestra Señora de Auray, y con este motivo se ven reunidos los trajes tan variados y pintorescos de la antigua Armórica.

No lejos de allí están las piedras de Carnac, el mas notable de los monumentos célticos, y cuyo destino ignorado es aun en el día asunto de controversia. También debe visitarse la aldea de Locmariaker, en otro tiempo *Darsorigum*, capital de los venetos, que los romanos, en tiempo de César, trataron con una ferocidad increíble. Quedan de esa metrópoli ruinas romanas y monumentos druidicos preciosos.

En Auray comienzan los obstáculos; ya no hay diligencia, y se sube en un carricoche descubierto para andar las siete leguas hasta Quiberon. Muy en breve cesa todo camino, y se va por en medio de las arenas. Ninguna señal indica la dirección que hay que seguir; es preciso dejarse guiar por el instinto del postillon. Se atraviesan sitios bañados dos veces cada día por el mar, y perdiendo la línea ordinaria, se hundiría el carruaje en las arenas movedizas. Es la península de lúgubre memoria donde pereció en 1795 lo mas escogido de la marina francesa. Allí está el fuerte Penthièvre, que desempeñó tan gran papel en ese triste drama; mas allá se descubren aun señales de las balas inglesas.

Cuando el viento es favorable, el barco que hace el servicio de la correspondencia emplea como hora y media en hacer la travesía de Quiberon a la mas hermosa de las islas venetas, *insula Venetia*. Pasa entre el faro y las altas murallas de la ciudadela de Palacio, y tondea en el puerto de este pueblecillo. Palacio (Palais), cabeza de partido de canton y capital de la isla, posee un buen puerto de seis metros de profundidad, y los muelles están revestidos de piedra de sillería. El fondo del puerto comunica por medio de una esclusa con una dársena, y tanto en el puerto como en la dársena se ven siempre muchos buques mercantes. La arboladura de estos buques se destaca sobre las casas del pueblo y sobre las altas colinas próximas formando un cuadro pintoresco y muy animado por una multitud de lanchas pescadoras con sus velas blancas ó en carnadas, que sobre todo en la época de la pesca de la sardina se deslizan en todos sentidos por el mar.

Los límites de este artículo nos impiden exponer la historia de Belle-Isle; el suelo ha conservado las huellas de sus diversos dominadores; aun subsisten piedras

elevadas por los druidas y vestigios de fortificaciones y de tumbas romanas. De tiempo en tiempo se suelen encontrar medallas imperiales; las de Augusto y de Vespasiano se hallan perfectamente conservadas.

En 1573 la isla vino á ser propiedad de Alberto de Gondy, conde de Retz, y en su favor la erigió en marquesado

Cárlos IX. Gondy mandó edificar la ciudadela, que es su defensa principal, y que fué aumentada por el superintendente Fouquet, cuando compró ese marquesado en 1658. Fouquet se ocupó en hacer florecer la agricultura y en fundar establecimientos útiles para los habitantes; ese fué un nuevo pretexto que sacaron á luz sus enemigos y Colbert para perderle. El nombre de Fouquet se conserva todavía en el país, donde hay el puerto y el castillo de Fouquet. El castillo debía servirle de habitación, pero no se concluyó; los puertos son los sitios donde los muchos valles de la isla vienen á desembocar en el mar.

La costa es muy escarpada, tiene cerca de cien piés de elevación; batida constantemente por la mar, se halla erizada de peñascos con muchas cavernas donde se engolfan las olas. Las formas cilíndricas ó piramidales de esas rocas, así como las bóvedas naturales abiertas en sus flancos, dan á esa muralla continua el aspecto de una fortificación gigantesca.

En la isla se encuentran muchas aldeas con tres pueblos principales que son: Locmaria, Bangor y Sanzon. Cerca de Bangor hay un soberbio faro de luz movediza que llaman el *Faro del mar salvaje*. Toda esa playa, expuesta á la violencia de los vientos de Oeste y al furor del Océano Atlántico, está llena de inmensos restos de rocas; las quebraduras de la ribera, los hundimientos de la tierra y de las rocas que la sostenian, las excavaciones profundas que amenazan producir nuevos hundimientos, todo presenta allí la imagen de la destrucción. De ahí el nombre de mar Salvaje, que dan los habitantes á ese sitio.

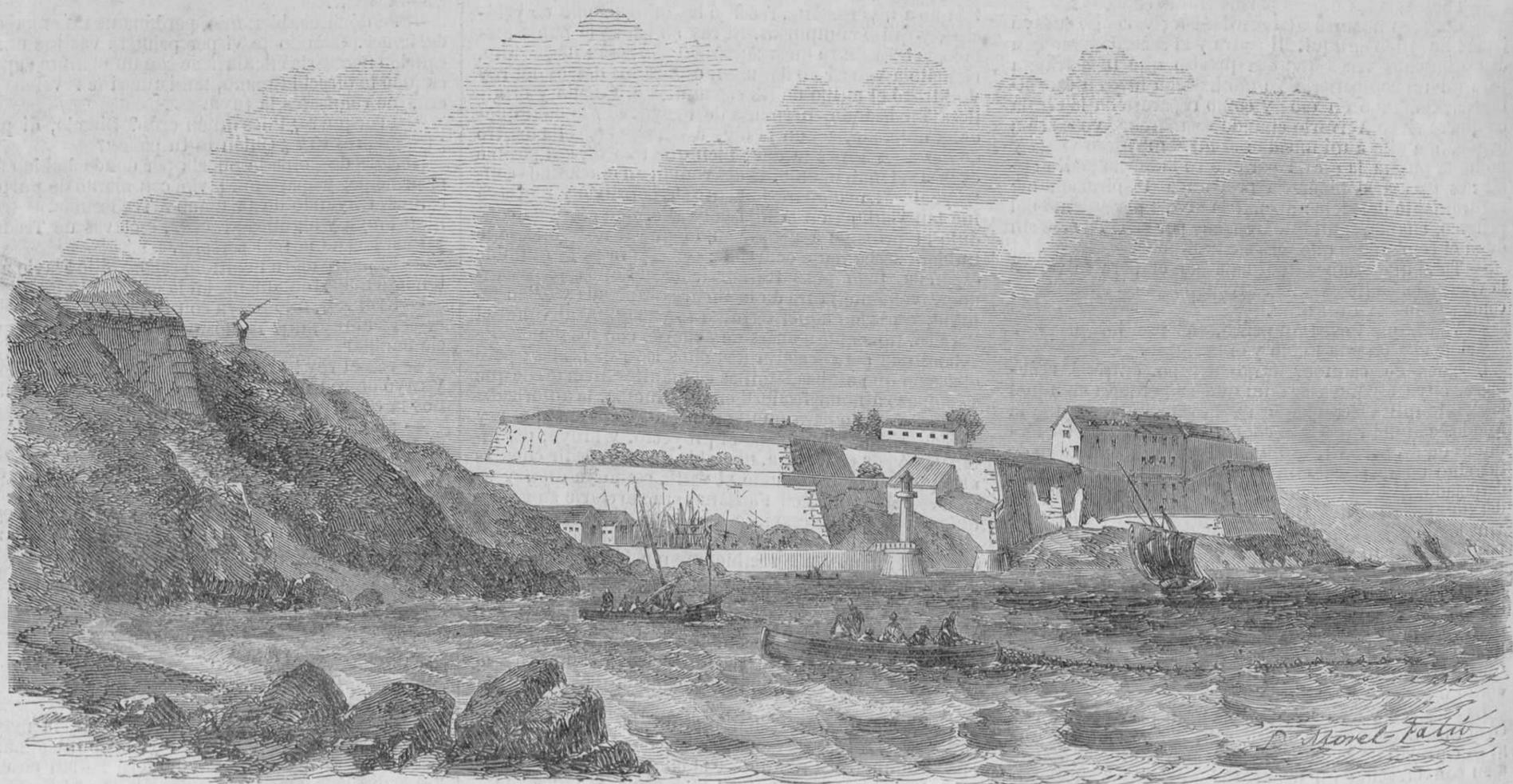
Para contemplar el mar en toda su hermosura, es preciso esperar á que haya una borrasca con viento Oeste. El mar, en toda la extensión que abraza la vista, se cubre de espuma; quebrada en los escollos, se eleva á una altura prodigiosa, conmueve la tierra con la caída de sus olas y llena toda la isla de un ruido formidable.

La cárcel de los detenidos políticos ha sido elevada en el glacis de la ciudadela; consiste en seis pabellones paralelos de cien metros de largo, y en ella caben hasta tres mil individuos. Esas construcciones han costado 320,000 francos.

Belle-Isle tiene once leguas de circunferencia y mas de diez mil habitantes; su clima es muy templado. La fertilidad de la tierra y los recursos del mar, donde la pesca es abundante, facilitan mucho la existencia, pero contribuyen al mismo tiempo á que los insulares sean un poco indolentes. P. L.



EL FARO DEL MAR SALVAGE EN BELLE-ISLE.



ENTRADA DEL PUERTO DE BELLE-ISLE.